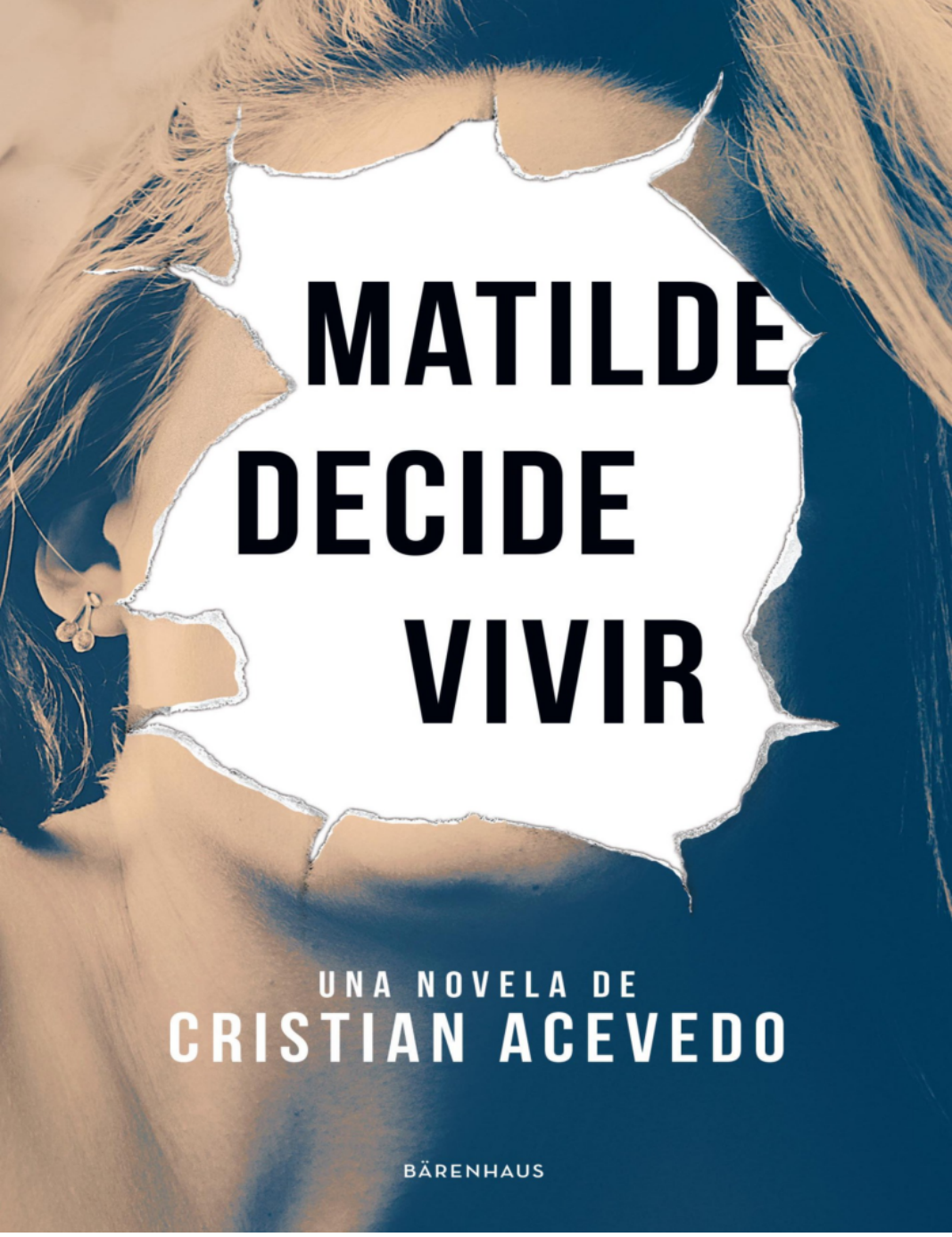
MATILDE
DECIDE
VIVIR
UNA NOVELA DE
CRISTIAN ACEVEDO
BÄRENHAUS

MATILDE DECIDE VIVIR

UNA NOVELA DE

CRISTIAN ACEVEDO

BÄRENHAUS

Acevedo, Cristian Omar

Matilde decide vivir / Cristian Omar Acevedo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Bärenhaus, 2021.

Libro digital

© 2021, Cristian Omar Acevedo

SOBRE ESTE LIBRO

Luego del éxito de Matilde debe morir, una de las novelas más leídas en 2020, vuelve Cristian Acevedo para demostrarnos que, muchas veces, el final de una historia puede ser tan solo el principio.

Preste mucha atención, querido lector.

Hablemos de magia. Específicamente del tercer y último acto de la prestidigitación: el prestigio (del latín praestigium: engaño, truco, artimaña).

Luego de haber desaparecido al conejo, después de haber cortado en tres partes a la asistente, el Prestigio exige que el conejo vuelva; el tercer acto también debe traer de vuelta a la asistente, que deberá estar sana y salva, y sonreír frente al público ahora sí extremadamente fascinado.

Lo que leerá a continuación forma parte —o procura hacerlo— de la literatura y de la magia. Al llegar al final, usted habrá sido testigo de un acto de prestidigitación. ¿Podrá evitarlo? Tal vez. En ciertas oportunidades, uno logra ver las cartas bajo la manga del prestidigitador, los hilos del ilusionista. Sólo que eso ocurre muy pocas veces. Si esa es su intención, deje este libro donde estaba y escoja otro. Está en todo su derecho. Ya estamos grandes para trucos de magia, ya no nos atraen los juegos, mucho menos las mentiras y la pedantería.

¿Está prestando atención, querido lector? Que comience el acto…

SOBRE CRISTIAN ACEVEDO

Cristian Acevedo nació en Buenos Aires en 1980. Recientemente ha publicado La sonrisa del rottweiler, título finalista del Premio de Cuento Bernardo Kordon 2018. Además, tiene publicadas otras antologías: Canibalísmico (2014), Indignatarios (2015) y Sommelier de infiernos (2016).

Parte de su obra literaria ha sido premiada en diversos certámenes: Finalista del Premio Marco Denevi de Novela 2017 (Lo no escrito). Finalista del Premio Clarín de Novela 2018 (Western vol. 1), novela publicada bajo el título La ley primera. Segundo premio en el Concurso de Cuentos de la Fundación Victoria Ocampo, "Nelly Arrieta de Blaquier 2014". Primer premio en el Gonzalo Rojas Pizarro de Cuento 2013.

Matilde decide vivir sigue la historia de "Matilde", la protagonista principal de Matilde debe morir (2016, Bärenhaus), novela que en muy poco tiempo se convirtió en un éxito en ventas.

Actualmente vive en Bella Vista, provincia de Buenos Aires, desde donde escribe.

ÍNDICE

Cubierta

Portada

Créditos

Sobre este libro

Sobre Cristian Acevedo

Dedicatoria

Advertencia

Matilde

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

El bigotudo

Capítulo IV

El bar

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Comprobación

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Silencio preliminar

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Epílogo

A Facundo y Morena Acevedo.

A Maylén y Franco Weiler.

ADVERTENCIA

La EDITORIAL no se hace responsable de lo que sea que esté o no esté por suceder.

Pedro Bucaff,

responsable de Editorial Bärenhaus.

Abril de 2021.

MATILDE

¿Quién me mostrará que él nunca existió, que yo misma no soy sino una sombra, una silueta entre páginas?

“Museo de la Novela de la Eterna”

Macedonio Fernández

CAPÍTULO I

Mi nombre es Matilde Vieytes.

Soy escritora.

Eso lo sé.

Escribo esto sentada a la mesa de un típico bar de Palermo, uno de los tantos que se desparraman por la ciudad. No soy la única aquí, por supuesto: hay mucha gente entrando y saliendo, se trata de un bar.

Frente a mi mesa, la ventana de la calle Charcas. Más allá, el bullicio típico de una esquina demasiado transitada.

Me llamo Matilde, eso ya lo dije y de seguro usted ya lo sabía. No puedo precisarle mi edad: intuyo que tengo entre treinta y cuarenta años, aunque me gusta creer que no son más de treinta y tres. No puedo tampoco asegurarle de qué color es mi pelo, ni si tengo pecas o lunares en la cara. No sé si soy alta o petisa, si estoy excedida de peso o si debería subir unos kilos.

Mi nombre es Omar Weiler. El narrador de la primera novela. El seudónimo. El heterónimo. El otro yo. Le contaré un secreto: en las notas usted conocerá la verdadera historia de Matilde.

Y no es que soy ciega o estoy loca: no ignoro todo esto a causa de alguna patología extraña que no me permite percibirme tal cual soy. El problema es otro, el que algunos de ustedes, queridos lectores, ya conocen: yo, Matilde Vieytes, no soy una persona de carne y hueso. Soy un personaje creado por Omar Weiler —o por Cristian Acevedo—, un escritor que omitió muchos de esos datos en su nefasta y torpe novela.

¡Un personaje!

Eso soy, nada más que ficción, tinta y papel; tipografía Times New Roman a espacio simple en algún archivo de texto.

Yo, Matilde Vieytes, no existo más que entre las encorsetadas paredes de un libro y en el borrador de algún .doc. Sé que a veces tengo un tatuaje en el hombro, a veces una cicatriz, a veces nada. No mucho más.

Pero no tengo que desviarme del asunto que me urge, que no es otro que el de mi supervivencia. Porque, a pesar de no ser una persona igual a usted, querido lector, de alguna forma que no podría precisar, también estoy viva. Y tan viva estoy que en breve me voy a morir. Esta misma semana. En unos días o en algunas páginas, según lo que suceda primero. Así viene ocurriendo desde finales del 2016. Desde entonces, no he parado de morir, no han dejado de asesinarme.

Usted atestiguará, ocioso lector, los sucesos que justificarán –o no– la decisión que he debido tomar en la primera novela, en Matilde debe morir.

Desde el momento en que Bärenhaus editó la novela de Omar Weiler; es decir: desde que Bärenhaus se convirtió en cómplice, en partícipe necesario de este perverso escritor, yo he muerto y vuelto a la vida, una y otra vez, y así hasta el hartazgo; una muerte tras otra al llegar a la página 115; un Día de la Marmota constante, sólo que sin variaciones, días idénticos siempre, la misma muerte una y otra vez y otra.

Por eso todo este palabrerío. Porque enseguida alguien volverá a abrir esa novela y todo se reiniciará de nuevo, y ya no voy a poder lanzar otra botella al mar, no voy a poder escribirle a usted, querido lector, pidiéndole que me ayude, que evite que vuelvan a matarme, que me acompañe al menos durante los pocos momentos que me quedan antes de mi nueva muerte. Quédese conmigo mientras alguien más se retrasa en llegar a la página 115 de esa novela terrible. Le pido que no

me ignore, amigo lector, que no se acostumbre a verme morir.

Si no podemos evitar que me maten, al menos déjeme contarle mi historia. Si fue uno de los tantos que leyó Matilde debe morir, usted me lo debe. Este y no otro es el momento de saldar deudas.

Comenzaré diciendo que poco me importa que me aborrezca, como viene haciéndolo desde la primera novela. Lo merezco, me lo he ganado. Sin embargo, vale decir que no soy el único merecedor de su desprecio.

CAPÍTULO II

Muy bien, resumamos. Soy la protagonista de la novela Matilde debe morir. Estoy sentada y, frente a mí, tengo la taza vacía y un plato con medialunas que todavía no toqué. Si no preferiría tres medialunas en lugar de dos, me dijo hace unos minutos el mozo. Que la promo viene con tres, insistió. Eso quiere decir que la novela debe de andar por la página 20 o 21.

Ya se ha dicho que en este bar hay cuatro personajes, tres además de mí. Cuatro somos los que podríamos ser considerados el motor de esta historia. Aunque puede que esta afirmación no sea del todo cierta, ya veremos. Uno será Valentín, el mozo; otro, el bigotudo de la mesa 2, que no hace otra cosa que leer el diario, y el insulso de la mesa 4, que ha permanecido inmóvil y sin parpadear hasta hace unos minutos.

A pesar de que Matilde se presente como una persona dulce, conciliadora e inteligente, le aseguro que no lo es. O lo es, pero también posee otras peculiaridades que la definen y que ella se encarga muy bien de ocultar.

Deben de ser las seis de la tarde, quedan un par de horas para que anochezca. Aunque mi tiempo no transcurre de la misma forma que el suyo, querido lector. Si quien aborda aquella novela es de esos lectores ansiosos, probablemente la noche se precipitará y deberé abandonar esto que escribo y salir del bar urgente, esfumarme, aguardar hasta que mañana me toque volver a esta misma mesa que da a la ventana de la calle Charcas, un mañana que para mí se demorará menos que un chasquido, apenas una elíptica vuelta de página, un nuevo capítulo, y en un parpadeo soy un día más vieja, me queda un día menos de vida.

Redacto esto en un cuaderno anillado, inmediatamente después de los cuentos que Omar Weiler escribió como si fuera yo. En unos minutos

voy a tener que leer el primer cuento del cuaderno, para que algunos de los ocupantes de este bar —y de aquella novela— puedan oírlo. Entretanto, sigo con el resumen, un inventario de los elementos con que dispongo por si llegara a necesitarlos. Por si llegáramos a necesitarlos: cuento con usted, querido lector, no me deje sola.

Bien: el cuaderno y la birome, algunas hojas sueltas, la cartera colgando de la silla y en su interior la billetera beige, unos lentes de sol marrones, al parecer nuevos. El celular sobre la mesa. Nada más. Llevo puesta una blusa, eso lo sé, mañana será una blusa lila y unos jeans gastados, zapatillas cómodas imagino.

Yo, Omar Weiler, cargo con tantos o más defectos que usted, ocioso lector. Exigente lector, vil lector, inflexible lector. Lo sé, no tiene sentido negarlo y no me preocupa que usted lo sepa.

Al principio me resultaba inconcebible no poder ser más específica, no poder describir cómo estoy vestida, no ser capaz de hacer un detalle pormenorizado de mis características físicas, no poder decir, al menos, que tengo la nariz de un papagayo o el mentón demasiado inclinado hacia adelante, que mis ojos son azules como los de Madame Bovary o acaso negrísimos, como los de Madame Bovary capítulos más adelante.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte, comprendí que más que una deficiencia, ese desconocimiento me abría un sinfín de oportunidades. Todo lo que no sabía podía imaginármelo. Ahí donde hubiera omisión, oscuridad, yo lo ocuparía con mi propia imaginación: al fin y al cabo, soy escritora. Así me diseñó Omar Weiler. Y para algo ha de servir mi creatividad.

Así que hoy puedo ser rubia y medir un metro ochenta, y mañana ser morena y apenas superar el metro y medio, un día puedo tener rasgos árabes, y a los diez minutos convertirme en pelirroja, albina o lo que sea. Que al fin y al cabo me voy a morir, y cómo no intentar vivir muchas vidas, si sé que me tengo que enfrentar a demasiadas muertes.

Lo mismo usted, querido lector. Es libre de imaginarme como más le guste. No se limite, sea creativo: son pocos los libros que le permiten completar las piezas, así que aproveche la oportunidad. Vuele. Si así lo prefiere, puede prefigurarme parecida a su madre; tiene la libertad de crearme idéntica a su mejor amiga, si así lo desea. O igualita a aquella vil mujer que alguna vez le rompió el corazón.

Lo que sí me preocupa, e intentaré resolver mediante estas notas, es que usted se anoticie de los defectos que Matilde Vieytes tanto se esfuerza en ocultar. Actitudes más que defectos. Conductas.

Sólo le pido que no se olvide de lo importante: si no es capaz de ayudarme, así como usted me ha creado en su cabeza, así deberá imaginarme en la página 115 de aquella novela: muerta, tirada en la vereda de Charcas y Armenia, un hilo de sangre brotando de mi blusa, el rostro que usted ha concebido opacándose sobre las baldosas demacradas.

Recuerde, amable lector, que esto no es un juego: hablamos de la vida de una persona, y esa persona soy yo.

Sabrá por qué me he empecinado en que Matilde muera. Sabrá por qué Matilde debe morir.

CAPÍTULO III

Mil y una versiones hay de esta historia, querido lector. Y al mencionar la nada inocente cantidad de mil y una, estoy significando que esta historia es infinita.

En la página de legales comprobará que la primera edición de Matilde debe morir ha sido de 2000 ejemplares.

1° edición: diciembre de 2016

Tirada: 2000 ejemplares

ISBN 978-987-4109-03-3

A esa cantidad habrá que sumarle las reediciones del 2020 y la versión digital, que existe en decenas de tiendas online. De todas formas, el resultado total no importa: el carácter infinito de esta historia no está ligado a la cantidad de ejemplares, sino al número de posibles lectores. Es decir: las posibilidades derivadas de la novela Matilde debe morir son tantas como lectores lleguen a ella; y luego habrá que contemplar que un lector no es el mismo si se enfrenta a esta novela un martes a las 17:45 o un sábado a las 9:22. En la conversación que se trama entre un libro y el lector, uno difiere y el otro se consagra a la sutil diferencia del otro. Hará falta, entonces, un único lector —y con uno hipotético basta— para que esta novela sea infinita.

Digamos que, si bien es un personaje de esta novela, es también una persona. Matilde existe. Mientras se suceden estas páginas, sí, pero también desde muchos años antes. Es decir: Matilde es una persona de carne y hueso.

Así es que esta historia, este bar de sobradas recurrencias, estas páginas, las palabras volcadas en ellas, el mozo que finge no mirarme, la novela que sostiene el insulso de la mesa 4, el bigotudo de la mesa 2, que simula leer el diario, los cuentos que garabateo en mi cuaderno anillado, la sucesión de autos que veo pasar por la ventana, son infinitos.

Usted. Yo. Somos infinitos.

Todos.

Entonces, somos nada.

Todos.

Y nada podemos hacer.

A no ser, claro está, que alguien se tome la fatigosa e improbable tarea de recobrar todos y cada uno de los ejemplares. Así se resolvería el asunto de los lectores infinitos y mis infinitas muertes. Sin embargo, la eliminación total de cualquier posible lectura provocaría que debamos permanecer en esta historia para siempre, la eternidad en este bar de la calle Charcas y Armenia. Viviría, es cierto, pero siempre he considerado que el limbo puede ser más terrible que el mismísimo infierno. Debo confesar que, la verdad, no sé qué cosa sería peor.

Matilde tiene entonces una doble existencia. Al igual que usted, ocioso lector, que mientras sostiene este libro y lee estas palabras, las obedece y se subordina a ellas como si fueran el guion de su propia vida.

De modo que no tengo otra alternativa que intentar —volver a intentar una vez más— salirme de esta historia. Soy Matilde Vieytes, he muerto tantas veces ya que hasta podría decir que no he muerto nunca. Tantas he debido ser, que quién sabe si sigo siendo la misma y

no otra. Tantas veces me han matado que podría decir que soy inmortal.

Sin embargo, toda esta prédica es ridícula. Soy escritora y tal vez por ello me resulta impracticable no ponerme solemne y trágica. Por eso será que, apenas cruzo el umbral de la solemnidad y de la tragedia, asumo esta actitud ridícula que tanto aborrezco. No hay nada más penoso que un escritor intentando enaltecer su pesadumbre.

Debo esforzarme para no transformar mi infortunio en mala poesía. Debo evitarle a usted, amable lector, la lectura de un discurso patético que no hará otra cosa que ahuyentarlo, abandonándome a mi suerte, en esta estúpida mesa de este estúpido bar de la calle Charcas y Armenia.

Muerta otra vez, pero antes agonizando en la vereda fría de este típico bar de Palermo.

La metaficción existe desde antes que a los exégetas se les ocurriera bautizarla. Poco tiene de original este recurso. Pero nos permite mantener a Matilde en este bar, nos permite una mínima venganza.

No se trata de complacer a nadie,

sino de incomodar a todos.

O.W.

EL BIGOTUDO

Sí, a usted le digo. Al que sostiene este libro ahora y aquí, el que está temiendo, en suma, aparecer en el renglón siguiente con nombre y apellido.

“Puto el que lee esto”

Roberto Fontanarrosa

CAPÍTULO IV

Escuchame, querido. ¿Sos hombre o mujer? Da igual, estás leyéndome, así que más vale que me prestés atención. El bigotudo de la mesa 2 te habla. Escuchame, es corta: si le seguís la corriente a la mina esa, no salimos más de acá.

¿Sabés cómo me tiene este asunto? Explicarte esto una y mil veces, todos los santos días lo mismo.

Escuchame bien. Lo voy a decir sólo una vez, no lo voy a repetir; no tengo tiempo ni ganas, así que escuchá: si esta tal Matilde no se muere, nosotros nos tenemos que quedar a vivir acá. ¿Está? Matilde debe morir, y no importa si ahora ella resulta que decidió que no, que no se muere más. Tenemos que hacer que la trama avance según este Cristian Acevedo lo dispuso. ¡Y sanseacabó! Nos vemos en Disney, como quien dice.

Ya superamos demasiadas veces la etapa de preguntarnos qué nos conviene hacer, ya muchos han entrado y salido de este bar, demasiados lectores se han convertido en un personaje de esta historia, incontables son los que han debido ubicarse en el insulso de la mesa 4, en el mozo, en este bigotudo que ahora te habla y te explica cómo son las cosas.

Matilde debe morir, y quien la mate a esta altura es anecdótico. Te juro que tantas veces la vi derrumbarse, extendida disparatadamente en la vereda, que ya no me importa. Su muerte no es para mí otra cosa que una representación, la escena repetida de una historia más pretenciosa que original, un blooper sin gracia, la noticia de la semana, el menú del día.

Así que nada de querer lucirte. No me vengás con ninguna genialidad, ¿estamos? Seguimos el argumento al pie de la letra y, más tarde o más temprano, nos despedimos de estos personajes; de este bar de mala muerte; del diario, que invariablemente tengo que leer para matar el tiempo y que ya me sé de memoria y que no es otra cosa que mi infierno personal.

Matilde debe morir, grabátelo: cuánto más rápido lo aceptes, más pronto nos vamos de acá. Y ya podrás volver a lo que sea que te guste hacer: jugar a los jueguitos, mirar algún video de gente mirando videos, profesar el odio a través de un hashtag, sacarte una selfie o alguna otra cosa interesante que hace la gente interesante en estos días. Me importa tres pitos: sólo tenés que dejar que avance la trama.

Como ahora, que Matilde se va a poner a leer en voz alta, fingiendo que nadie la oye, como si no se diera cuenta de que todo el bar está atento a lo que va a leer. La escritora, la protagonista. Si no fuera que escucharla es un requisito para que la trama avance, yo mismo le arrancaría los papeles de las manos y los tiraría a la basura. Creeme, ya lo hice. Muchas veces. Y no funciona: ninguna otra cosa funciona más que aceptar que no somos nosotros quienes estamos a cargo del timón.

No podemos evitarlo: debemos parar la oreja y escuchar —leer— el cuento que Matilde acaba de escribir. Este que ya me sé de memoria, como si lo hubiese escrito yo mismo. Empieza así: “Nunca creí que sumaría tantas mentiras a mi lista”.

No tenés por qué leerlo, ya estoy yo aquí para escucharlo por vos. Así que podés seguir de largo nomás, avanzar hasta el próximo capítulo y esperar ahí, ahorrarte unos minutos. No te perdés de nada, te juro. Tantas veces escuché este cuento que he llegado a odiarlo. “Nunca creía que sumaría tantas mentiras…”

Si no me creés, sólo tenés que verificar que empieza así y listo el pollo. Seguramente ya leíste Matilde debe morir, así que ya conocerás el cuento. Seguí nomás, no vale la pena volver a oírlo.

I escrito de Matilde

Nunca creía que sumaría tantas mentiras a mi lista. Pero la de hoy fue grande. Enorme fue. Llevo la cuenta en mi agenda de Hello Kitty, y me quedan pocas hojas para completarla.

Creo que ya el bigotudo no nos oye, querido lector. Siga como si nada, por favor, disimule. Haga de cuenta que está siguiendo la lectura de mi cuento. No levante la cabeza ni revolee los ojos, permanezca aquí, en estas líneas.

Debemos ser más inteligentes que ese cobarde de Acevedo que se hace llamar Weiler. No sólo porque me apremia la voluntad de no volver a morir, sino para demostrarle que, al menos una vez, una única vez, hemos sido más inteligentes que él.

La lectura de este cuento dura poco más de tres minutos, así que intentaré darle toda la información que poseo hasta ahora. Todo lo que sé: ya no únicamente acerca de lo que ocurre en este bar, sino todo lo que sé acerca del género. El género policial, la novela negra, la metaficción, el pastiche.

Este es un enigma completamente literario, aunque las consecuencias las suframos en la realidad. Así que he pensado que, tal vez, podamos resolverlo apelando a soluciones literarias. Espero, querido lector, que usted venere el policial tanto como yo. Le daré una lista, tal vez su memoria evoque alguna de esas lecturas. Tal vez un mínimo recuerdo de aquellas historias nos obsequie la solución de este misterio.

Ahora, elevaré un poco la voz y seguiré con el cuento:

Papá cumplía cuarenta, y lo de anotar las mentiras se me ocurrió esa tarde, después del almuerzo.

Aguárdeme.

Toda la familia se divertía con las payasadas de mi hermanito: Agustín esto, Agustín lo otro, mirá cómo se ríe Agustín. Parecía que el cumpleaños que festejábamos era el suyo. Hasta el viejo Sosa se metía a hacerle muecas y todo eso.

Al parecer, ninguno se ha dado cuenta. Puedo ver al mozo, que acaba de acercarse a la mesa del bigotudo. El de la mesa 2 no nos traerá mayores problemas. Espero, amable lector, que de entre sus lecturas favoritas estén algunos de estos autores.

Agatha Christie, desde luego. El Sherlock de Conan Doyle, aunque bastará con cualquiera de sus adaptaciones. No esperaré que haya leído a Wilkie Collins, pero sería de gran ayuda. Sobre todo, teniendo en cuenta que no estoy segura de haberlo leído yo. Nos queda algo así como un minuto y medio, así que seguiré con la enumeración para aprovechar el tiempo restante contándole una idea que viene rondándome desde que usted abrió este libro. Chandler, Highsmith, Jaz Tischler, Blake, Poe (infaltable), el Padre Brown de Chesterton.

Tal vez estoy siendo muy obvia, pero es un riesgo que prefiero asumir. Si no los ha leído, tal vez sea un buen momento para hacerlo: Elmore Leonard, Paul Groussac, Guillermo Martínez, el Parodi de Bustos-Domecq, Pablo Laborde, Jim Thompson. Carlos Román y sus sabuesos, Sebastian Fitzek, Pérez-Reverte, David Goodis, Holmberg.

La lista es inacabable, lo sé. Yo misma no he leído a buena parte de estos autores. Créame, amable lector, que este catálogo vale tanto por las omisiones, muchas de ellas deliberadas, como por las menciones en sí. Y aún no me he referido a las obras que experimentan, en mayor o menor medida, con la metaficción. Son menos las que me vienen a la memoria. Va una lista breve y caprichosa: Si una noche de invierno un viajero, Niebla, el comienzo de El Eternauta, el Nick Carter de Levrero, cierta historia de Las mil y una noches, la obra completa de Albert Dwayne. Espere un segundo. Silencio.

Y me pone orgullosa, porque al fin entiendo eso que dice Papá, de ser constante. De empezar algo y no dejarlo a la mitad. Y no digo que no me divierta, pero muchas veces me pregunto por qué me enredo tanto, pudiendo decir "No" en lugar de "Sí", y chau agenda, y me dedico a mis otras cosas.

Este relato cuenta la historia de una nena terrible. Tan terrible es, que las mentiras que anota en su cuaderno pasan a segundo plano con el

desenlace del cuento, ¿no cree? Con los nombres que le he dado, ya es más que suficiente. Es momento de contarle lo que he venido rumiando desde que se reinició esta novela. Una pregunta que ha estado acechándome todo este tiempo y que ahora comienza a tomar forma. Ahora, que he pensado que —quizás— sólo se puede descifrar el enigma con argumentos y razonamientos literarios.

Una pregunta que he intentado invariablemente responder y que no he logrado hacerlo, acaso porque he encarado el problema desde una perspectiva equivocada.

La pregunta en cuestión es simple: ¿cómo asesinar a una persona sin ser declarado culpable?, ¿cómo cometer el crimen perfecto?

Para la escritura de alguno de mis cuentos he tenido que indagar acerca de estas cuestiones. Y he aprendido que hay tres maneras:

Cometer el crimen de forma tal que el asesinato parezca un accidente.

Plantar pruebas falsas de manera que la culpa del asesinato recaiga en otra persona.

Ser el principal sospechoso desde el momento cero, pero que no haya pruebas que nos incriminen.

Muy bien, querido lector: se me ocurre que esto mismo lo supo muy bien el infame de Acevedo-Weiler. Y que urdió lo que creyó sería el plan perfecto. Tan perfecto ha sido, que hace años venimos asumiendo que las cosas han de ser como él las ha escrito y punto.

Tan claro lo veo ahora, que no puedo creer cómo no fui capaz de darme cuenta antes. Vea, amable lector: cuanto más avancemos con nuestra investigación, más se nos dirá que la abandonemos. Estoy segura. ¿O no le han dicho ya que debemos respetar esta absurda y ominosa trama?

¿A quién se le va a ocurrir culpar a otro? Y todo va a ser como antes. Como antes de que él y Agustín llegaran.

El cuento ya se acaba, le encargo una última cosa: los cabos sueltos, tenga presente los cabos sueltos de la historia.

A mí, en cambio, Papá me va a querer siempre. Ya no va a dejarme ni un minuto sola, lo voy a tener todo el día para mí. Y si siguen preguntándome por Agustín, voy y les digo que no lo vi más.

Aquellas preguntas que quedaron sin responder tal vez sean la solución del enigma: cabos sueltos, querido lector, cabos sueltos que hará falta atar.

Les digo que yo también estoy preocupada y que lo extraño un montón. Y serán ciento tres, ciento cuatro, ciento cinco…

EL BAR

Hace sesenta y cinco años que andan juntos dentro de mí, como si fueran mis prisioneros, y se diría que acaban de verse, de conocerse.

“La casa”

Manuel Mujica Láinez

CAPÍTULO V

¿Basta con decir que soy similar a los otros bares de la zona para que usted logre imaginarme? ¿No es obvio que esta omisión del autor es más haraganería que astucia? ¿Cree conocerme por el hecho de saber que dispongo de mesas, por imaginarme con baldosas ajedrezadas? ¿Me define de alguna manera el hecho de presumir que tengo una barra de nogal, un pasillo cubierto de cuadros antiguos? ¿Admite saber de mí porque intuye una puerta vaivén de dos hojas, porque una TV cuelga de una de mis columnas, porque vislumbra algunas plantas sobre las ventanas que dan a la calle Charcas?

Usted puede saber que hay instalado un depósito del otro lado de los pequeños baños, y que almaceno en él columnas y columnas de cajones de cerveza de todos los colores. Pero esos resabios de información no le confieren más que un mínimo conocimiento: superficial, frívolo.

De igual forma que yo no puedo jactarme de conocerlo a usted por el hecho de conjeturar que le gusta leer, que es una persona joven, probablemente lleve uno o más anillos, que acaba de parpadear; un aro por acá o por allá, el cabello algo desalineado, una sonrisa que quiere y no quiere emerger. Un resoplido inevitable.

No: usted no me conoce. Así como Acevedo-Weiler tampoco me conoce. No soy un típico bar de Palermo. A decir verdad, nada hay de típico en mi fisonomía, en mi arquitectura.

Del mismo modo que uno no puede alardear de conocer Europa por haber visitado la Torre Eiffel o el Coliseo, no es correcto que usted me juzgue de la forma que ha venido haciéndolo. Sí: usted no ha hecho otra cosa que juzgarme, señalarme con el dedo. Buscar mi ubicación precisa en el mapa para situar en mí las coordenadas de la maldad.

A causa de esa deplorable novela llamada Matilde debe morir, he debido soportar que se empleen en mi contra innumerables insultos, decenas de agravios y humillaciones.

Se ha dicho que yo, establecimiento comercial erigido con la única

intención de ofrecer bebidas y alimentos, soy la infausta imagen del mal. Que, al referirse a mí, el autor ha querido representar lo peor del universo. Se me ha llamado cárcel, y quizá esa sea la menor de las injurias.

Es indistinto que el bar esté realmente ubicado una o dos calles más allá. Se trata de un típico bar de Palermo. Hasta los seres más corrientes se creen especiales y extraordinarios. No lo son.

He oído a lectores comentando que yo no soy otra cosa que el mismísimo infierno; otros afirman que, sino el infierno, soy al menos el purgatorio. Me han identificado con el limbo, y eso ha sido ofensivo y a la vez gracioso. Hace unos días, alguien dijo que funciono como un atípico mecanismo de tortura psicológica, lo que viene a contradecir la idea de que soy un típico bar de Palermo.

Han querido difamarme al tildarme de laberinto, de Tlön minúsculo. Me han endilgado responsabilidades de las que soy ajeno, y lo he soportado por años —desde diciembre de 2016— porque sé que es habitual que las personas busquen excusas, alguien o algo a quien echarle la culpa. Todas las culpas.

Tlön será un laberinto, pero es un laberinto urdido por hombres, un laberinto destinado a que lo descifren los hombres.

Si acaso mi estructura se ha corrompido durante este tiempo, no es por otra razón que la de esta novela perversa, que no hace otra cosa que repetirse y repetirse; día a día soy testigo de los peores rasgos de la humanidad. Y cargo sobre mis paredes, las huellas de cada uno de los pecados. Los peores pecados posibles.

La novela avanza inevitable, y percibo cómo mi estructura comienza a corromperse, a contaminarse con los actos de estos personajes. De estos tres hombres que a diario no hacen más que planificar el asesinato de una mujer, de Matilde, la que escribe con el sol reverberando en una de mis ventanas favoritas.

Matilde va a morir. Otra vez. Y los personajes, pero también usted, no hacen más que aceptar que esto es inevitable, que ya se ha escrito y que no queda otra opción más que aceptarlo, qué se le va a hacer…

Así es cómo ustedes lavan las culpas. Así es cómo ustedes pueden afrontar un nuevo día sin el remordimiento de haber atestiguado un asesinato. Y luego, como si no bastara con mirar para otro lado, se excusan con afirmaciones ridículas, como que soy una prisión intelectual, el martirio bajo la forma de laberinto, las oficinas centrales del mismísimo infierno.

Los repudio, los aborrezco: a Omar Weiler, a Cristian Acevedo. A los escritores que se prosternan frente a lectores influyentes; a los que escriben cuentos cercenados que se perderán en el fuego; a los que quieren interpelar todo el rato; a los ágrafos, a los torrenciales, a los acechantes; a los execrables lobistas de siempre.

Los detesto: al insulso, al mozo, al bigotudo. A todos. Escritores y lectores por igual. A quienes han reseñado esta novela, a las profesoras de secundaria que la incorporan a la lista de lecturas obligatorias, a quienes la juzgan apasionante. A los que la llaman Matilda.

Sepan que este para nada típico bar de la esquina de Charcas y Armenia los detesta. A todos aquellos que festejan que la novela sea única, incomparable. ¡Claro que es única! Si jamás se ha visto una historia donde el lector es protagonista a la vez que cómplice, a la vez que asesino, a la vez que víctima, a la vez que insignificante pieza de un rompecabezas atroz.

Lo desprecio. A usted. Sí, a usted. Que debido a estos últimos párrafos ha comenzado a plantearse si conviene seguir leyendo esta historia o si es preferible abandonarla y reemplazarla por otra. Una que se presente un tanto más generosa. Una novela más complaciente, más amable, más cómoda. Un lugar donde valga la pena quedarse.

CAPÍTULO VI

Es hora de tomar aire, amable lector. Retenerlo, juntar las hojas sueltas y guardarlas en el interior del cuaderno. Así está escrito.

Pronto deberé hacerle un gesto al mozo, el brazo extendido de forma tal que el tatuaje permanezca visible durante unos segundos (sin exagerar, por supuesto), aguardar a que el bigotudo de la mesa 2 se vaya, pagar la cuenta, juntar mis cosas y abandonar el bar. Ni una mirada al insulso de la mesa 4.

No volveré hasta mañana.

Este momento ha sido siempre uno de los más terribles, de los más traumáticos. Porque jamás se ha aclarado qué hago yo mientras el lector avanza de capítulo, mientras cae la noche. Han sido muchos años de atravesar este momento como hundiéndome en la mismísima nada. Una muralla blanca, un extenso corredor blanco, un punto blanco en un fondo más blanco todavía.

Bajo un manto de falsa amabilidad, Matilde procurará ponerlo de su lado. A usted, ocioso lector. No se deje manipular, córrase de su lugar de lector despreocupado, abandone su zona de confort. ¡Despabílese!

La página en blanco.

El final del decorado.

Y lo peor, debo confesarle, ha sido siempre el silencio. Silencio que, al cabo de unas horas, o de unos segundos (según cuánto se demore el lector en comenzar el Capítulo VI), se pervierte y pareciera que es posible tocarlo, paladearlo. Al silencio. Silencio más parecido a la asfixia de una pesadilla que a la ausencia de ruido.

Ha sido siempre así.

Créame, querido lector, que por momentos deseaba que la novela avanzase presurosa hasta la página 115 y que le pusieran fin de una vez por todas a esa tortura.

Sin embargo, hoy todo puede cambiar. Si me acompaña, hoy podemos probar algo diferente. Verificar si también en ese lugar —en ese no-lugar— debemos resignarnos a obedecer los dictámenes de Omar Weiler. En breve, saldremos de este bar y tal vez, sólo tal vez, podamos beneficiarnos de esa hoja en blanco para premeditar la posible solución de esta novela. La verdadera solución, la que no incluye mi muerte.

Después de leer lo que tengo para contarle de Matilde, usted puede hacer lo que le apetezca. A fin de cuentas, si usted es un pusilánime o un canalla, poco puedo hacer yo para remediarlo. Pero antes de juzgarme a mí y de juzgarla a ella, aguarde a tener toda la información.

Es momento de contarle lo que se me ha ocurrido. La idea que durante todos estos años ha venido escurriéndose entre mis dedos y que ahora parece condensarse de forma tan obvia que me resulta inadmisible no haber sido capaz de aferrarme antes a ella.

Tal vez, la solución a todo siempre haya estado en la nada. Tal vez, y sólo tal vez, sea verdad que “Nada es más real que nada”. Hay frases que parecen insignificantes y que, una vez aceptadas, pueden corromper toda una lengua.

Tal vez…

Esta frase no es de ella. Le pertenece a Samuel Beckett, y Matilde la pronunció como propia. Para muestra, basta un botón.

Un hombre introduce su cabeza en la guillotina. El verdugo accionará el resorte y la cuchilla caerá. Si usted concibe esa escena como un juego, ¿quién soy yo para negar que esta novela también lo es?

O.W.

CAPÍTULO VII

Ahora viene una de mis escenas favoritas de la historia. Quedate. Estamos a punto de presenciar un gran momento. Ya el insulso de la mesa 4 me ha cruzado en la puerta fingiendo un encuentro casual, ya se ha disculpado y me ha invitado el desayuno. Sólo que metió la pata. Hasta el fondo.

—Que disfrute el capuchino —ha dicho, siendo que todavía el mozo no apareció y que yo tomo precisamente capuchino. Capuchino: ni más ni menos que la bebida que vengo pidiendo desde que formo parte de este bar, desde que mis días transcurren dentro de esta novela. No hay que ser muy despierto para entender que me viene espiando hace rato.

Así que, ni bien el insulso de la mesa 4 dice esto y camina en dirección a su mesa, yo me levanto, lo sigo y me le acerco lentamente, no dejo que se siente. Disfruto mucho de esta secuencia, la tensión puede palparse, casi que puedo oír los latidos de su corazón. Pronuncio un "Señor" como si fuera una melodía, como si estuviéramos jugando a las escondidas y yo acabara de descubrirlo.

—Con todo gusto tomaré con usted un ca-pu-chi-no —digo ya esbozando una sonrisa. Aplasto mi mano en su hombro, lo guio con ella hacia mi mesa.

—Siéntese.

Es un momento de mucha tensión para el insulso de la mesa 4, pobre tipo, cómo lo hago sufrir cada vez. Pero es también una de las revelaciones más impactantes de la novela. Es aquí cuando el insulso —y el lector junto con él— descubren que yo también soy un lector. Que tanto él como yo hemos sido capturados por esta novela-cárcel.

Después, llegarán más revelaciones. Descubriremos que el mozo se debate entre dos voces, la del lector que lo habita y su propia voz. Intentaremos, primero, descubrir quién matará a Matilde, más tarde nos diremos que nuestra principal preocupación es evitar que la maten, después caemos en la cuenta de que la solución estuvo siempre

ahí, en el propio título de la historia. Matilde debe morir, no hay mucho más que pensar.

Y recién nos libraremos de estos personajes que nos tocaron en suerte cuando por fin Matilde caiga muerta en la vereda de Charcas y Armenia, y así hasta que alguien vuelve a abrir ese librito color sepia y decide voltear la página de la advertencia inicial.

Y si te cuento otra vez todo esto, no es únicamente para regodearme en la intensidad de una escena que me tiene como protagonista, sino para que entiendas que nadie mejor que yo puede guiarte a través de esta historia. Intento que no cometas los mismos errores que cometimos nosotros.

Si seguís al pie de la letra lo que te digo, vas a llegar al final de esta historia antes que nadie. Vas a sortear obstáculos que existen nada más que para demorar la trama. Podés llegar zigzagueando al punto final, demorándote capaz una vida, o podés completar esta novela en línea recta, evitándote la angustia y sin siquiera despeinarte. Lo que te propongo es más que una brújula. Yo, el bigotudo de la mesa 2, me ofrezco a convertirme en tu propio GPS.

Matilde debe morir. No te olvides. Matilde debe morir.

CAPÍTULO VIII

Un nuevo día en Matilde debe morir, una vuelta de página, y el amable lector admite la elipsis. Ciertas circunstancias se suprimen y el lector lo acepta sin cuestionárselo: comprende que no hay novela que cuente una historia en su totalidad. Advierte que para reconstruir un día entero se requiere mínimamente de un día entero, y sin embargo es imposible no eludir ciertos silencios, omitir gestos involuntarios, prescindir de pormenorizaciones tales como el vigésimo cuarto parpadeo o la enésima vez que el personaje exhaló.

¿Cuántos días nos demoraría la lectura de todo lo ocurrido en un único día de un solo personaje? Tanto la de escribir como la de leer esa historia sería una labor absurda y, sobre todo, tediosa.

Muchas veces me he hecho este tipo de preguntas. Demasiadas noches blancas he pasado aguardando a que el amable lector avanzase de capítulo. Y todas ellas las he atravesado con la certeza de que no había nada que yo pudiera hacer: soy un personaje y debo supeditarme a los dictámenes del narrador de esta historia. Pues bien, es momento de rellenar ese vacío, es hora de entrar en acción. Aprovechemos que en Matilde debe morir ha caído la noche y que mañana todavía no sucede.

Una revelación: Matilde y yo nos conocemos hace tiempo. La Matilde real, por supuesto. Tanto, que no me es fácil acudir a algún recuerdo del que ella no forme parte. Sí: Matilde y quien escribe tenemos historia juntos.

Estrujemos este entreacto para exprimir de él la última gota. Comprobemos que la nada es muy real y que nos es posible alterarla. Veamos qué podemos hacer, amable lector, con esta hoja en blanco. Juguemos el juego de la pluma; que esta vez la pluma se mueva según nos plazca a nosotros. Escribamos. Apoderémonos de la nada.

II escrito de Matilde

Yo escribo y usted me lee. A fin de cuentas, soy escritora y usted es lector. Nunca como en este punto un escritor necesitó tanto de sus lectores, y viceversa. No será la primera vez que lo alegórico se convierta en literal; sin embargo, puedo arriesgar que es la primera ocasión en que ambas partes —lector y escritor— permanecen atónitos por igual frente a lo que está ocurriendo. Como ahora le pasa a usted, amable lector; y como me pasa a mí, le juro.

Este momento es único: la nada a nuestro alrededor, el silencio que se disipa a medida que las palabras se imprimen en el papel. Somos infinitos, querido lector, casi puedo sentirlo a mi lado, su respiración.

Todopoderosos.

No se distraiga. Que lo interesante, como siempre, ocurre por debajo. No se deje engañar: nada le interesará más que saber lo que tengo para contarle. Como nadie, yo conozco a Matilde. Sé de lo que es capaz.

Si hemos conseguido, juntos y al menos por un instante, arrebatarle a Omar Weiler esta historia, entonces sin dudas seremos capaces de salir de aquí, de escapar, de evitar que se cumpla el hasta ahora irrevocable destino de muerte de la página 115. Sin más dilaciones le diré cómo.

Hablemos del punto 2 de mi razonamiento, el que dice que es posible evadir la acusación de un asesinato plantando pruebas falsas para que la culpa recaiga en un tercero. He estado pensando, querido lector, que Matilde debe morir ha existido nada más que para sembrar entre sus páginas un acervo de pruebas incriminatorias. Que esa novela no es más que una tapadera, una pantalla, la fachada perfecta.

¿Cómo?

Repasemos.

La historia transcurre en el bar de la calle Charcas.

Además de mí, hay tres personajes: el insulso de la mesa 4, el bigotudo de la mesa 2 y Valentín (el mozo).

Se nos dice que ellos tres serán sospechosos de mi asesinato.

Todo perfecto, querido lector: no dudamos un segundo. Sin embargo…

Hay un cuarto personaje. No hablo de aquellos que al comienzo de la novela se mencionan como al pasar: "Habrá muchas personas entrando y saliendo: se trata de un bar". No me refiero a aquellos que están nada más que para insuflarle verosimilitud a la historia, para convertir el escenario en un bar que el lector admita como real.

Piense en esto como en un baile de disfraces. Quienes se muestren como amigos, en realidad llevan máscaras, antifaces. Yo le ofrezco la verdad, quitarle de una vez la careta que hace años lleva puesta Matilde.

Me remito a uno que está presente buena parte de la historia, uno que además tiene una posición de poder y que la hace notar apenas comienza la novela. Alguien que se muestra y que sin embargo no se incluye entre los sospechosos, un hombre que se cuida mucho de no estar presente en el momento en que me van a matar. Un personaje con tantos huecos de guion que bien podría aprovecharlos para matarme a la distancia, desde el silencio, desde las sombras.

Si usted ha leído Matilde debe morir, entonces puede que ya comprenda hacia dónde se dirigen mis disquisiciones. Si conoce la historia, sin dudas entenderá que no es una locura lo que estoy diciendo. ¿No lo haría así usted si fuera Omar Weiler? ¿De ser usted el autor, el asesino, no se

ubicaría en ese personaje y dejaría que se culpara a cualquiera de los otros tres?

¿No le parece obvio que el verdadero asesino no es otro que el encargado del bar? ¿Tanto fingir estar en su papeleo?

¿No lo recuerda? Casualmente, el encargado fue a pagar unas facturas cuando la página 115 se aproximaba.

Hay frases que parecen insignificantes y que, una vez aceptadas, pueden corromper toda una lengua…

No nos queda mucho tiempo, amable lector. Ya veo que el próximo capítulo nos cae encima. No se vaya sin que le recuerde que estoy en sus manos. Permítame agradecerle por su tiempo y su paciencia. Veo a trasluz, la página que se eleva y que va cayendo sobre nosotros; el lector ya empieza el nuevo capítulo de Matilde debe morir, comienza un nuevo día, avanza lento el siguiente capítulo.

Léame: soy Omar Weiler, soy Cristian Acevedo. Soy narrador, heterónimo, autor, seudónimo, alter ego. Usted, un lector. Debe leerme a mí, que jamás he llevado una máscara.

CAPÍTULO IX

Ya se ha dicho que en esta historia habrá, como hubo siempre, un personaje que se debate entre dos voces. Su propia voz de personaje y la voz del lector que ha tenido la desgracia o la fortuna de ubicarse en él. Ese lector se llamará Federico Axot, usted lo recordará de la primera novela: ambas voces aparecen por primera vez en el Capítulo V.

Valentín, el mozo, es el personaje.

Federico Axot, el lector.

Su caso es muy peculiar porque, mientras que el resto de los lectores consigue ubicarse de forma total en el personaje que le toca, con Valentín tenemos siempre esta puja por la palabra, esta contienda por apoderarse del verbo que, desde luego, es la manera de tomar el control.

Claro: ser dueño de la palabra es asumir el liderazgo; y ceder tal liderazgo exige que la otra parte le otorgue más de lo que cualquiera está dispuesto a otorgarle a un desconocido. El silencio, principalmente. ¡Qué difícil es hacer silencio!

En las primeras páginas de la novela, hemos visto que ninguna de las dos partes tiene la intención de concederle nada a la otra. Y mientras esta disputa oral avanza, nosotros vemos al mozo hablar con esas dos voces tan distintas: una ronca, como de fumador (la del lector); la otra más acorde a la apariencia de Valentín (el personaje).

—Dejaste pasar otra oportunidad.

—Yo no lo veo así, Federico. ¿Federico era tu nombre, no?

—Sí. Federico Axot. Así me llamo.

—Bueno, Federico Axot, yo no lo veo así, ¿está? Y ya te dije que no quiero

escucharte más. Dejame, querés. Tengo que volver.

—Oíme, Valentín: no nos queda otra que trabajar en equipo.

Cualquiera que eventualmente pase por el bar de la calle Charcas sin conocer esta historia y decida asomarse más allá de la entrada, del otro lado de la barra, lo verá a Valentín hablando consigo mismo —discutiéndose, contradiciéndose, refutándose—. Y quien lo haga, asumirá que este personaje sufre algún tipo de enfermedad psicológica, algún desorden mental grave. Esquizofrenia. O algún otro achaque psicótico, como el trastorno bipolar.

Desde que Bärenhaus publicó esa novela, cierto campo de la psicología moderna ha comenzado a llamar a este trastorno "Axotiasis" o "Síndrome de Axot", recurriendo a esta denominación para los casos en que una persona no sólo siente que su cuerpo no le pertenece, sino que además no acata sus directrices ni obedece las órdenes más elementales.

La otra rama de la psicología —siempre hay otra— desestima esta nomenclatura y se muestra más dispuesta a examinar el desorden desde el punto de vista del mozo. "Mal de Valentín" lo han bautizado. Señalan que se considera "Mal de Valentín" aquellos casos en que el paciente se reconoce como personaje de una novela y se debate con esa otra voz interior que no para de murmurarle. El "Mal de Valentín" no debe confundirse con las alucinaciones auditivas experimentadas por los pacientes esquizofrénicos graves.

No será la primera vez que la literatura le aporte términos a la psicología. Si el Marqués de Sade nos ha proporcionado el término "Sadismo", y Sófocles el de "Complejo de Edipo", por qué no augurar que denominaciones como "Axotiasis" y "Mal de Valentín" tendrán un lugar en el léxico de los futuros psicólogos, incluso en el repertorio de los críticos posmodernos. Así como habrá ocurrido con el Bovarismo, el Complejo de Lord Henry Ketz y el Síndrome de Peter Pan.

Sin dudas, las generaciones venideras tendrán mucho trabajo por hacer en cualquiera de estos dos casos: es bien sabido que no es una tarea fácil la de reconocer una voz. Mucho menos cuando se trata de literatura; y menos aún, cuando el autor no es de los buenos y todos

sus personajes hablan bastante parecido.

En esta misma historia, por ejemplo. En este párrafo, en estas palabras que escribo y usted lee con la vista. Todo este capítulo. ¿Quién lo escribe? ¿Matilde? ¿Omar Weiler, Cristian Acevedo? ¿El bar?

¿Con qué voz habrán de ser leídas estas palabras durante la primera lectura? ¿Y en una segunda?

El lector inquieto, perspicaz, empleará el mismo método que el lector de la novela El Dios del Laberinto, (Herbert Quain, noviembre de 1933). De esta forma, resolverá el enigma sin mayores sobresaltos.

CAPÍTULO X

Escuchame, querés. Yo no sé qué ideas habrán estado metiéndote en la cabeza, pero se me acaba la paciencia. Matilde debe morir es una novela policial. Haceme caso, sé mucho del género. Prácticamente no leo otra cosa. No es ni una novela interactiva ni un thriller experimental. Es un policial de pe a pa. Un crimen, tres sospechosos, un asesino, se finí.

Así de fácil. No hay que darle vueltas. Me seguís y te llevo al final de la novela en menos de lo que canta un gallo. No quiero escuchar esas pavadas que el asesino puede ser otro, que el autor ocultó no sé qué cosa y qué sé yo cuántas pavadas más.

Es un policial y las reglas iniciales se respetan. Se establecen las condiciones desde el comienzo y después hay que acatarlas. Si en un policial leés que hay tres sospechosos, fija que hay tres y solo tres. Si no, es trampa. ¿Dónde se ha visto que el autor saque al asesino de la galera y lo instale después de haber presentado a todos los personajes, a todos los posibles culpables?

Eso no existe. Haceme caso, los sospechosos serán 3: el insulso, el bigotudo y el mozo. Así fue siempre y así será, ¿qué es esa estupidez de incorporar ahora un tipo que nada que ver, un coso que no estuvo presente en ninguna de todas las veces que murió Matilde?

Sacate esa idea de la cabeza, que no hacés más que perder el tiempo. Los dos perdemos el tiempo con todo este planteo ridículo. Yo te hacía más inteligente, más despierto. Mirá si vas a empezar a darle vueltas al asunto justo ahora, justo que yo me ofrezco de buena manera a servirte de guía.

La verdad, me dejás seco. Una decepción. Te dejaste embarullar por todo este asunto de la metaficción, que no es otra cosa que una estupidez, es un relleno que le meten a la novela porque la trama policial les parece poco. Siempre pasa, sabés. Por torpeza o por cagazo, empiezan a condimentar el argumento con boludeces metafísicas y filosóficas, qué bárbaro.

Estaba bien como estaba, ¿o no? ¿Cuántos fueron los que dijeron que Matilde debe morir les voló la cabeza? Muchos. Y no va que ahora no saben qué hacer para edulcorar la trama y te alborotan el bocho con lo del encargado, que pobre tipo nada que ver. Un giro, después otro giro más y un tercero. Y en definitiva estamos aturdidos y en el mismo lugar, mirá qué pérdida de tiempo, como te digo. No te embarullés que yo te canto la justa.

Tres verdades:

Esto es un policial.

Hay tres sospechosos nomás.

Matilde debe morir.

Tres mentiras:

Es una novela experimental.

El encargado forma parte del juego.

Matilde decide sobre su destino.

Dale, haceme caso, querés. Antes de que esto se convierta en la historia sin fin, la historia interminable.

CAPÍTULO XI

Segundo día, querido lector. Nuestra mesa estaba sucia de migas, al igual que toda vez que llegamos a este punto, así que debí esperar a que el mozo la limpiara. Acabo de sentarme.

Llevo una blusa lila y jeans gastados. Ese es el vestuario que el autor eligió para mi segundo día. Pero en este punto, ya no me importa qué llevo puesto: cómo no considerar toda esta cuestión una mera frivolidad, si hasta hace segundos nos hemos deslizado sobre la nada, hemos sobrevolado el vacío de un intervalo blanco, nebuloso, como quien permanece en coma, como ese breve espacio de tiempo que existe entre el sueño y la vigilia.

Cómo darle importancia al esmalte saltado de mis uñas, cómo interesarme por mi cabello todo alborotado, si he sido capaz de permanecer en la madriguera del conejo y he vuelto más fuerte y con la respuesta a nuestro enigma.

Es astuta, ¿no lo cree? Bien, le diré que por sobre todas las cosas, Matilde se destaca por ser una gran cínica. Es capaz de hablarle con una sonrisa adherida a la cara mientras por dentro busca la manera de zafarse de su presencia.

Cómo no ceder al deseo de levantar la cabeza y echarles una mirada altiva a los tres personajes, a estos tres lectores que creen que otra vez voy a morir.

Qué difícil es y será guardar el secreto durante las páginas que siguen; sé que va a ser trabajoso, amable lector, no levantarme ahora mismo y caminar hasta la barra, agarrarlo del cogote al encargado y decirle “Ya sé que sos vos, ya sé que vos sos el que me va a matar y no alguno de estos tres infelices”.

Y que el encargado, con unos anteojos culos de botella adheridos a la nariz, no pueda más que fingir que controla sus facturas y tenga que permanecer sin poder sublevarse a su libreto de “Yo no sé nada, yo no soy nadie”. Si pudiera hacerlo, lo haría… y por suerte, no puedo.

A medida que pasa el tiempo, más segura me siento respecto a esto. Sé, siento en mi interior, que Omar Weiler reservó para sí la ubicación del encargado, un personaje que pasa desapercibido, un tipo al que olvidamos enseguida y que sin embargo desde el comienzo se muestra como el que está a cargo del bar, del universo personal de mi incesante asesino.

Amable lector, querido lector. Debemos pensar cómo evitar que el encargado me mate. Tenemos que encontrar la forma de que, llegando la página 115 de esa novela, el encargado no sea capaz de lastimarme. De lastimarnos. Confío en usted.

¿En quién más podría confiar?

Le inventará muchas mentiras, pero no es lo peor. A fin de cuentas, todos mentimos. El problema con ella es que le contará cosas terribles a modo de relato, cuando en realidad le estará contando puras verdades.

Sé que en ninguno de estos tres. Sé que el mozo cree estar enamorado de mí, pero para esta altura ya no está en plena disposición de sus facultades. Pobre, si ya pueden verse los síntomas de su doble personalidad. Mucho menos en el bigotudo, ¡Dios! ¿Acaso hay alguien más insidioso que el bigotudo de la mesa 2? Y ni hablar del otro, del insulso: ¿qué se puede esperar de alguien a quien llaman insulso?

No, amable lector: estamos solos. Usted y yo. Debemos representar nuestro papel en esta historia. Pero eso no quiere decir que no podamos aprovechar las páginas que nos quedan hasta llegar a la 115 para pensar la manera de evitar que el encargado se encargue otra vez de mí.

¿Recuerda el primer escrito de Matilde? ¿El del niño y el aljibe? Se llamaba Agustín el niño. Agustín Vieytes. Podría ser una casualidad, claro. Matilde convirtiendo en ficción la terrible pérdida de su hermanito. Podría ser que estuviera haciendo catarsis. Pero, créame: no lo es. Ocurrió de verdad. Hace muchos años. Lo he investigado.

CAPÍTULO XII

Desde que el día comenzó, no han dejado de abrir y cerrar mis puertas, tanto la puerta vaivén de la calle como las que dan a los baños y al depósito. Hoy es día de limpieza, por eso el encargado vino antes. Ni bien el reloj que cuelga de mi pared que da a la calle Charcas marcó las 6, les abrió a los de la limpieza y, unos minutos más tarde, salió a recibir al proveedor de bebidas.

Días como hoy son mis favoritos: el detergente serpenteando entre la unión de las baldosas, la fragancia dulce del desinfectante filtrándose entre mis poros, el secador de piso desbordando el pasillo, salpicándome los zócalos. La limpieza no es rigurosa, ya me he acostumbrado a la imperfección del aseo apremiante, pero al menos me basta para remover por un rato la depravación, para sacudirme esta peste que es el hombre y que, de a ratos, me asfixia.

Asfixia: eso siento con cada nuevo día. La luz se cuela por las ventanas, la puerta de entrada se abre y apenas siento que un pie del encargado pisa la primera de las baldosas, ya comienzo a experimentar la presión y enseguida el horror me surca las paredes y se instala en el techo, las vigas se tensan y parecen querer explotar; unos pasos más en dirección a la barra, y un hombre, un solo ser, trae desde afuera la suma de todas las faltas, cada uno de los desaciertos de su especie.

Y luego, la migraña inevitable. Y ya no es posible sortear el barullo de tantas personas, hombres, mujeres, jóvenes, viejos, amantes, infieles, caniches, teléfonos, bebés, familias.

Escritores que se organizan para presentar sus desaciertos desde el acople de un micrófono prescindible. Estrategas de la pluma enterneciéndose con desdichas de ocasión, por las que conviene mostrarse atento, comedido: los niños pobres sin voz, los muertos de las 11:23 si son las 11:23, los damnificados convenientes.

Y los cubiertos: tenedores y cuchillos que chirrían contra los platos, quejándose, compitiendo con las voces de tantas personas, que no callan, no se callan nunca, se ríen: siempre se ríen, todo les resulta

siempre tan divertido, tan gracioso; y me manchan, me ensucian de nuevo, me salpican, me mojan, me contagian.

Apestan.

Y la migraña no se desvanecerá jamás, y yo aquí, en silencio, observando, soportando. Hasta que llega ella: la mujer que lee sentada a la mesa que da a mi ventana favorita.

Matilde.

Con cada nueva aparición de Matilde, recupero la esperanza. Si soporto cada comienzo sin enloquecer es porque he volcado en Matilde una pequeña ilusión: que ella conseguirá escapar de su destino de muerte. Aunque sea una única vez. Que, aunque sea en una ocasión, podrá desafiar a Acevedo-Weiler y al séquito de idiotas —posiblemente usted sea uno de ellos—, que lo sigue como si de su prosa se desprendiera la verdad absoluta, como si pronunciara palabras divinas.

Si Matilde logra alterar su destino de marioneta, de intérprete dócil, entonces también será factible que todos alguna vez escapemos. Alguien registró hace tiempo que lo que hace un hombre es como si lo hicieran todos los hombres, y me permito una leve alteración de la frase, porque llevo ya muchos años deteriorándome como para poder afirmar que lo que hace cualquier ser, criatura, organismo, cosa, espécimen o existencia, es como si lo hiciéramos todos, como si cada acto se grabara para siempre en la historia y la memoria del universo. De modo que una vez libre Matilde, de alguna manera todos seremos libres.

Liberarnos del autor, sí. Pero también de este infierno que no soy yo sino la gente, el expreso derramado en la mesa, las medialunas desmigajadas, las carcajadas resonando en el pasillo, la ineptitud de los personajes y de sus lectores, la animosidad del encargado, que ha concebido este caos nada más que para regocijarse en el sufrimiento de Matilde.

Sí: ha sido el encargado. Siempre ha sido él. Y he sido yo quien se lo ha murmurado a Matilde infinitamente.

Acaba de entrar.

COMPROBACIÓN

Bastián miró el libro.

Me gustaría saber —se dijo— qué pasa realmente en un libro cuando está cerrado.

“La historia interminable”

Michael Ende

CAPÍTULO XIII

Escuche lo que estuve pensando, querido lector. Le anticipo que puede ser una estupidez, pero cada vez nos queda menos tiempo y debemos hallar la manera de evitar que me maten, así que no consideraremos estúpida ninguna idea hasta que la pongamos a prueba.

La idea, cuyo origen obviamente es literario, es la siguiente: hace casi cien años alguien postuló, en uno de sus más célebres ensayos, que una literatura difiere de otra más por la forma en que se lee que por cómo ha sido escrita. Sí: una obra literaria puede cambiar en virtud de la manera en que se lea. Tal es el poder del lector, incluso mayor que el del autor de la obra.

Y pensaba que, si usted pudiera modificar la forma en que lee cierto fragmento de Matilde debe morir, tal vez podríamos percibir algún cambio ahora mismo. Elijamos un párrafo al azar, el final de la página 51 por ejemplo. Lea, querido lector, yo aguardo aquí y me preparo para obedecer. Veamos cómo transcurre esta primera lectura:

"Matilde, con una mano haciendo girar el arito de su oreja derecha y con la otra garabateando círculos sobre el papel, resoplará y mirará su cuaderno, buscando alguna cosa —acaso una palabra, acaso una idea— que, por su semblante, parecerá inaccesible, lejana. Muy lejos estará de sonreír, más bien todo lo contrario."

He girado el arito de mi oreja derecha y he garabateado círculos, he perdido la mirada más allá de mi cuaderno, he pensado en esta idea que le acabo de explicar. No voy a sonreír: no hay razones para hacerlo.

Ahora llegó el momento de la verdad, la hora de la comprobación. Tendrá que volver a leerlo, pero esta vez cambiando ligeramente su actitud para con el párrafo. En lugar de recibir las palabras escritas, le pido que las aborde, que se monte en ellas como si de una bestia a

domar se tratara, que las ataque como si odiara cada una de las palabras de ese párrafo, como si me odiara a mí, a toda la literatura, a todo el mundo, principalmente a Omar Weiler.

Le pido —le exijo— que evoque algún mal recuerdo, uno de tantos. Que traiga a la memoria a quien alguna vez lo ha maltratado en más de una ocasión. Y si con eso no basta, piénseme a mí como ese ser a quien conviene despreciar, imagíneme como la responsable de las peores atrocidades, un ente repulsivo y manipulador que hace girar su arito porque acaba de fantasear con una nueva manera de ejercer su monstruosidad.

Léalo otra vez. En voz alta, si prefiere. Da igual. Afróntelo con hastío, cruel lector, con fastidio, sin aire. Imagine que un sujeto despreciable se asoma pretendiendo averiguar qué cosa está leyendo, que usted puede sentir el aliento tibio y hediondo del sujeto. Lea con hartazgo, con la certeza de que un árido resoplido al final del párrafo no conseguirá que el fastidio se extinga; la garganta seca, un ruido ronco:

“Matilde, con una mano haciendo girar el arito de su oreja derecha y con la otra garabateando círculos sobre el papel, resoplará y mirará su cuaderno, buscando alguna cosa —acaso una palabra, acaso una idea— que, por su semblante, parecerá inaccesible, lejana. Muy lejos estará de sonreír, más bien todo lo contrario.”

No estoy segura de que haya funcionado. ¿Ha notado algún cambio? Quiero creer que sí, aunque tal vez me esté dejando llevar por el entusiasmo. Sin embargo, creo haber percibido una variación, mínima quizás, pero que tal vez sirva para confirmar que es cierto: que la literatura cambia según cómo el lector la lea.

Tal vez por eso, en esta segunda lectura, ha ganado el tedio, la aversión, por eso yo he girado con desprecio el arito de mi oreja derecha y he garabateado círculos, he perdido la mirada más allá de mi cuaderno, he pensado en esta idea. No hay razones para sonreír aún.

Perdón por llamarlo “cruel lector”, pero me pareció que lo ayudaría a

componer el clima necesario. Sin embargo, no estoy satisfecha con esta primera prueba. Creo que deberíamos hacer otra. ¿No lo cree?

Que la tercera sea entonces una aproximación optimista, alegre. Que las palabras de ese párrafo dancen en nuestros oídos como si se tratase de una melodía luminosa. Como si cada palabra hubiera sido tallada por el pico de un colibrí o por las alas de una mariposa azul. Veremos las palabras que descansan sobre el papel como si estuvieran a punto de emprender vuelo en una tarde de primavera. Lea como quien baila, amigo lector, como en la felicidad de un abrazo, como en un beso, con la serenidad de un jazmín que florece y emana:

"Matilde, con una mano haciendo girar el arito de su oreja derecha y con la otra garabateando círculos sobre el papel, resoplará y mirará su cuaderno, buscando alguna cosa —acaso una palabra, acaso una idea— que, por su semblante, parecerá inaccesible, lejana. Muy lejos estará de sonreír, más bien todo lo contrario."

¡Funciona! ¡Claro que funciona! ¿O no me ha visto? Aunque no he sonreído, mis ojos brillaron porque al parecer he encontrado aquello que buscaba con la mirada, una idea, una idea que es esta misma, querido lector, queridísimo lector, ¡esta misma! Que usted puede cambiar la novela por el hecho de leerla de formas diferentes. Que el arte de la lectura no tiene por qué ejercerse de forma rudimentaria, detenida. Hemos comprobado que juntos, usted y yo, tenemos una posibilidad de evitar que el encargado me mate.

La novela dicta que yo no sonría y debo acatarla. Pero usted sabe (yo sé que usted sabe) que en mi interior, tengo una sonrisa tan grande como este bar, más grande que el libro que usted sostiene entre sus manos.

CAPÍTULO XIV

Recapitulemos, amable lector. Lo que se nos dijo, lo que aceptamos como verdad oficial desde el comienzo.

· Una novela: Matilde debe morir.

· Un escenario: el bar de la calle Charcas y Armenia.

· Tres sospechosos: el insulso de la mesa 4, el bigotudo de la mesa 2, el mozo.

· Una regla: el lector es un personaje, y como tal debe obedecer al narrador.

Esos son los datos con los que contábamos, las herramientas que teníamos a disposición. Ahora, expongamos las conclusiones a las que, juntos, hemos ido llegando. Sí, juntos: a esta altura, ya somos cómplices usted y yo.

· Una segunda novela: Matilde decide vivir.

· El mismo escenario: el bar de la calle Charcas y Armenia.

· Un nuevo sospechoso: el encargado.

· Primer descubrimiento: entre cada capítulo yo puedo escribir lo que me plazca y usted leerme sin acatar la voz del narrador. Así podemos planificar nuestro escape por lo que dura cada vuelta de página.

· Segundo descubrimiento: usted, lector cómplice, tiene más poder que el propio autor de esta historia.

· El descubrimiento máximo: usted puede ejercer ese poder en

cualquier libro de su biblioteca.

Mire si hemos hecho avances. Mire si hemos encontrado un método para llevar a cabo nuestro propósito. Preferiría que fuera usted quien lo dijera. Pero como no puede hacerlo (al menos no de momento, quién sabe más adelante), seré yo quien lo haga: esto se está poniendo cada vez más interesante, cada vez más inusual.

Ahora debemos encontrar el momento justo en que la novela nos permita poner a prueba estas nuevas aptitudes, la página exacta en que despleguemos las habilidades recién descubiertas. Deberá ser antes de la página 115, que es cuando el encargado me mata y Omar Weiler le echa la culpa al insulso, al lector de Matilde debe morir.

Aprovechemos mi tercer escrito para ponernos al día. Ya el bigotudo y el insulso hablarán de mí como lo hacen siempre, mencionarán mi escote y el tatuaje en mi hombro. El bigotudo no habrá visto ningún tatuaje, así que el asunto quedará pendiente, flotando en la cabeza del lector también, porque es momento de una nueva lectura.

Daré vuelta la hoja y comenzaré a leer. En voz alta. Entretanto, el insulso y el bigotudo harán silencio, al parecer muy interesados en mi lectura, así que no me va a quedar otra que leerlo completo.

III escrito de Matilde

Esta mañana, Mía pegaba su primer póster. Un póster de Harry Potter: oscuro… casi tenebroso. Era grande el póster, de esos que ya no se ven.

Y sentí nostalgia. Y no hablo de la nostalgia de cualquier escritor que se precie de serlo, no. Fue una nostalgia que conviene no sentir. De esas que no inspiran, sino que paralizan.

Pero no fue solo eso: había algo más.

Mientras Matilde lee uno de sus cuentos, y en el resto de mis mesas todos parecen prestar atención a su lectura, le diré algunas cosas. Espero que usted esté acá para evitar que ella muera y no para quedarse viendo cómo la matan. Años de observación me hicieron saber que las personas son capaces de cualquier cosa, así que no espero demasiado de usted.

Ver a Mía esforzándose por pegar bien derecho aquel póster reanimó mi vieja obsesión. Aquella vinculada con el tiempo, con el paso del tiempo. Obsesión que tiene que ver con la forma o las formas en que el tiempo transcurre o deja de transcurrir. Los distintos planos en que puede moverse. La superposición, la repetición, la sustitución. La sustitución, es bien sabido, me obsesiona.

Ella lee, los demás escuchan, nosotros en segundo plano. Saquemos partido de la situación. Le diré todo lo que sé del encargado, el asesino. Le ofrezco mi conocimiento y mi memoria. Cada fragmento de esta historia se ha extendido por mis paredes como una mancha de humedad, como se propaga la depravación del hombre, como se esparce la muerte.

Me vinieron un montón de imágenes. Y no eran recuerdos del primer diente de Mía, de lo que lloró en el bautismo ni de la primera vez que dijo "Mamá". No: las imágenes eran más antiguas, mucho más viejas. En ellas, era yo quien pegaba mi primer póster. Uno de los Thundercats que me había comprado la tía Mari en el kiosco de la avenida. Cuando me lo trajo, casi que la beso y todo. Mostraba escenas de batalla el póster, con esos desterrados felinos sobreviviendo en un planeta desconocido. Era el único póster en el que Cheetara, mi Thundercat favorita, iba al frente, con su bastón bo, su velocidad de chita, su pelo tan rubio, tan salvaje. Y El ojo de Thundera a un lado, con su poder de ver más allá de lo evidente, como custodiando. Como diciendo «Si hace falta, acá estoy». Y los malos también, hasta el gatito cobarde estaba: ese que era más bien una mascota y que pretendía ser gracioso, y al que yo odiaba más que al mismísimo Mumm-ra.

Matilde lee y en aquella novela alguien la escucha, aquí soy yo el que habla y usted el que lee. En ambas historias es el encargado siempre el que la mata. A la distancia, en secreto, culpando a otros, pero siempre es él. Omar Weiler, Cristian Acevedo, el encargado, el escritor, el narrador, el perverso autor de esa perversa novela.

Pero lo que sentí no fueron ganas de volver a ver aquellos dibujitos de los ochenta, los de mi infancia. La imagen de Mía pegando su primer póster me llevó a aquella imagen en la que era yo quien pegaba su primer póster, me llevó a las guerras de los Thundercats. Y esa, directo a la imagen de mi madre. Mi madre sentada sobre mi cama, fumando sus sofocantes Benson & Hedges, pasándome la cinta scotch y diciéndome que el póster estaba torcido: a su manera, sin saberlo, ella también estaba luchando.

Mis cimientos llevan años pervirtiéndose a raíz de esta novela; y aunque lo intento, no logro deshacerme de ella. Podrán fregar mis pisos o enjuagar mis paredes, pero el agua se seca rápido, y rápido vuelven todas y cada una de las veces que la matan, rápido vuelvo a descomponerme.

Lo que le habrá costado aceptar semejante desorden. Porque era un desorden en todo sentido: aceptar que yo eligiera los colores de mi pieza —lo sé ahora— significaba mucho más que una pared con fotos de superhéroes y princesas; significaba que yo empezaba a crecer, a hacerme mujer. A abandonarla.

Así que mejor ofrecerle a usted, si es que aún no se ha ido, la información que tengo de la muerte de Matilde. Aquello que no se contó en la primera novela y que, de otra forma, usted no tendrá forma de saber.

Ahora la entiendo a mi madre. Después de la nostalgia de esta mañana,

entendí su último tiempo. Porque ella ya lo sabía, sabía que pronto se iría. Que no habría ya momentos como ese. Y recién ahora la entiendo: mi madre quería ser ella quien se fuera primero. Como debe ser: debía ser ella quien me abandonara, y no al revés.

Personas como Matilde, aunque no he visto jamás que haya alguien como ella, me hacen conservar la esperanza en la especie. Alguien que en un texto consigue concatenar los sentimientos de tres generaciones de mujeres (nieta, madre, abuela), sin caer en sensiblerías y a la vez sin eludir un tema tan delicado para ustedes como es la muerte, es alguien que merece mis respetos. Y eso ya es mucho decir: ninguno de todos ustedes, ninguno de los que atraviesan mi puerta, nunca se ha ganado el más mínimo de consideración de mi parte.

Esa tarde me dijo algo que no entendí, que no fui capaz de comprender sino hasta hoy. Algo que tiene mucho que ver con mi obsesión por el tiempo, por la sustitución. Desde el borde de la cama, mi madre me dijo:

—¿Sabés una cosa, Matilde? Cuando yo sea grande, quiero ser como vos.

Y yo me quedé helada. Una tonta, una idiota. «Cuando sea grande, quiero ser como vos», había dicho.

No era lógico lo que me decía, debía ser al revés; tenía que ser yo quien me pareciera a ella. Así es como suceden las cosas, así es como están escritas las leyes del tiempo: la hija se parece a su mamá. Se parece mucho o no tanto, y punto.

Nada más anhelo que Matilde vuelva pronto a reencontrarse con su hija. No me importa si Mia existe o no, si este cuento es totalmente inventado. Hay historias que nunca sabremos si pertenecen a la ficción o a la realidad. Y como no lo haremos, seré yo quien decida cuáles son reales y cuáles no. En este caso, Mia existe y aguarda que alguien por fin rescate a su mamá de esta novela. No le voy a fallar. No esta vez.

De modo que, si alguien pretende explicarse mi obsesión por el tiempo, acá he dejado la excusa perfecta para que deje de buscar. Lo supe hace un par de horas. Esta misma mañana lo supe. Mañana en que Mía pegó su póster de Harry Potter. Tarde en que, sin saberlo, ella empezaba a abandonarme.

Abría un atado nuevo cuando me acordé de eso y de otras cosas. De eso y de El ojo de Thundera me acordé. Con su capacidad de ver más allá de lo evidente, ha de ser muy útil cuando uno no es capaz de reconocer las señales. Cuando ignorás que estás a punto de perder a tu madre para siempre.

Matilde pronto se levantará de su silla y se irá. Y aún no le he dicho cómo muere. Se lo diré ahora mismo, no tiene más que dar vuelta la página: usted debe aportar algo de sí, un gesto de mínima voluntad. Si no, intuiré que Matilde le importa muy poco, creeré que usted no está aquí para saber cómo evitaremos que el encargado la mate, sino para leer las notas del asesino.

Agustín se llamaba el hermanito muerto de Matilde, como Agustín se llamaba el personaje muerto del primer escrito. ¿Lo recuerda? Desde luego, no es una casualidad. Y aún hay más: la razón por la que Matilde debe morir.

Mi nombre es Omar Weiler. Y el vínculo que hay entre ella y yo tiene que ver con mi apellido.

CAPÍTULO XV

Como lector, usted admitirá que es cierto: un enigma abriga varias etapas desde que se plantea hasta que se descifra, y podríamos decir que la fase más decepcionante es siempre —o casi siempre— la resolución.

Llega la respuesta a la pregunta y junto con ella sobreviene el desengaño. Por eso es que las mejores obras de misterio son aquellas que poseen un final abierto, ¿no lo cree? Las que proponen más de una solución y lo dejan al lector —al espectador— perplejo, vacilante. Como pocas —muy pocas— de esas historias que a veces ponen en el 42 pulgadas que cuelga de una de mis columnas centrales. Como un trompo que gira y quizá se detenga y quizá no.

Puede que por eso Matilde debe morir haya tenido cierto éxito: porque desde el comienzo hasta el final, Omar Weiler le anuncia al lector que habrá una muerte y tres sospechosos. Y así termina la novela: con una muerte, tres sospechosos, y ningún culpable evidente.

Mientras esto ocurre una y mil veces, yo observo cómo Omar Welier se ríe del lector, cómo se burla de sus propios personajes, de Matilde. Cómo se aprovecha de los recursos del escritor para hacer lo que se le antoja con su creación.

Así como se ha dicho en la primera novela y se ha sugerido en esta segunda, un libro no puede contar una historia en su totalidad. Y para ello, el narrador recurre a la omisión de ciertas escenas o acontecimientos. Gracias a la elipsis, el lector acepta que un día nuevo comienza sin que haga falta que se le cuente lo que ocurrió durante la noche anterior, durante las 8 horas de sueño.

La elipsis y la manipulación del tiempo. Omar Weiler supo muy bien desde el principio que se trata de recursos eminentemente narrativos.

Por eso, la muerte de Matilde comienza como en cámara lenta.

Con ella saliendo de aquí.

Abandonándome muy de a poco.

Primero cierra su cartera.

Despacio.

Se pone de pie.

Se cuelga la cartera del hombro.

Un paso.

Luego otro más lento y más corto.

Y enseguida Matilde derramada en la vereda, los tres sospechosos rodeándola, un grito ahogado, la muerte.

Omar Weiler ralentizó y aceleró las escenas a su antojo. De esta forma, consiguió y consigue cada vez asesinarla. Porque, como se ha escrito en la primera novela, el tiempo quiere recuperarse, ponerse al día, y para recobrar los segundos malgastados en cámara lenta, el autor —el asesino— recurre a una elipsis solapada y natural, y nos presenta a Matilde ya agonizando.

En el medio, está lo que el autor suprime para salirse con la suya. Lo que, sin embargo, yo debo presenciar siempre: no funcionan conmigo los subterfugios literarios. Yo debo verlo y soportarlo todo. Por eso he pasado tantos años susurrándolo, haciendo que mis paredes lo murmuren, que un rechinar pronuncie un mensaje capaz de llegar a oídos de Matilde.

Omar Weiler es el encargado.

Desde hace rato y cada vez, el encargado esperará afuera a que la trama avance. Acechará con sus anteojos culos de botella adheridos a

la nariz. Irá al encuentro de Matilde cuando el lector se entrega al juego temporal, y en un parpadeo, el encargado ya está frente a Matilde, puedo verlo y siempre tengo la sensación de que no la mira, de que saca algo de su bolsillo y la apuñala sin mirarla siquiera, que sus ojos amplificados en realidad me miran a mí, que su actuación exige una mínima audiencia, que su crimen recién cobra sentido si se asegura de que alguien lo atestigua, alguien que puede ser también su creación: el bar de la calle Charcas y Armenia, un bar nada típico de Palermo. Alguien que, según su punto de vista, debería estar de su lado. Pero no.

Y así será que ella estará enseguida en la vereda, y al instante siguiente de su blusa brotará un hilo de sangre, que salpicará los zapatos de Valentín y también los del bigotudo, y ella gritará, un grito ahogado, y el insulso la verá caer sobre sus pies, y sus manos también quedarán manchadas con la sangre de Matilde, que por última vez abrirá los ojos enormes, y el tiempo, ya recuperado de aquel desfase, volverá a la normalidad, y Matilde dejará de moverse y la sangre tibia mermará, pero seguirá manchando los baldosones grises, y el tiempo volverá a ser como fue siempre: tenaz, indómito, preciso.

Y Matilde estará muerta.

CAPÍTULO XVI

¿A vos te parece? Somos grandes, yo ya pasé los cuarenta largos, me imagino que vos, si estás leyendo este libro o la primera novela, ya debés tener edad de darte cuenta: te están queriendo vender humo. Así que no te dejés engrupir de esta manera, querés, yo no soy escritor, ya lo sabés (y si no lo sabías, lo habrás intuido), yo no escribo cuentitos como esta Matilde, mucho menos podría ponerme a escribir una novela tan presuntuosa como esta, que pretende ser además de libro, una cárcel, un juego, un laberinto y qué sé yo cuántas cosas más. No seré escritor, pero algún que otro libro leí. Ciencia ficción, terror. Aunque la mayoría policiales, ya te lo dije eso. Y acá adentro soy tu mejor opción, deberías considerarme tu mejor amigo, eso: amigos somos. Porque mirá que mi calentura con todo este asunto ya no es con vos, la bronca es con la mina, con Matilde. Que está bien, entiendo que quiera zafar, más vale que entiendo eso, yo haría lo mismo, ojo, no te voy a mentir. No te mentí hasta acá y no vamos a empezar ahora. No: mi bronca tampoco es con vos, que no me hiciste caso y le seguiste el juego a esta segunda novela, a Matilde, a este sucucho que ahora resulta que también tomó la palabra. Miralo al bar, tanto tiempo permaneció en silencio y de pronto se largó a hablar. Qué despropósito. Ojo que no lo juzgo, a fin de cuentas, ya dijimos que esto también es un juego y cada uno juega con las cartas que le tocaron. Los entiendo: a Matilde, al bar. Y a vos también te entiendo, no es que me ponga a repartir culpas, lo que pasa es que ya podríamos estar llegando al final, ya podríamos haber salido de esta historia y, en cambio, no estamos haciendo otra cosa que demorar la trama. Las puertas de esta novela se podrían haber abierto hace rato ya, pero así son las cosas: Matilde y el bar decidieron jugar también, y vos… vos no tenés la culpa, ya lo sé, pero mirá que te lo aclaré desde el principio: "¡Si querés zafar, dame bolilla a mí!" pero bueno, ya está, ya pasó, no es que esté enojado, ya pasó. Igual mirá que hay que ser corto para creerse toda esa sarta de pavadas, que si leés de una forma el texto cambia y si leés de otra también y qué sé yo qué más. ¿Y esa tontería de que entre un capítulo y otro Matilde puede escribir lo que quiera sin que se lo dicte el autor? Era así, ¿no? No estoy caliente. O sí, pero no es con vos. Lo que pasa es que veo que la hora pasa. Y ya estoy hasta acá. Hasta acá de este diario de mierda que tengo enfrente

y que ya me sé de memoria, y hasta acá mirá, hasta acá, de este tololo del insulso y ni te cuento del mozo, que si no le di un par de tortazos fue porque no está escrito, que si no. Y ahora el colmo, la gota que derramó el vaso. Que el encargado es el asesino. Pero por favor, no vas a comprar también esa. Te pido encarecidamente que no te dejés embaucar de esta forma que ya es un abuso. “El asesino es el mayordomo”, ¡eso ya no existe más! Te juro por lo que más quieras, no tiene razón de ser. Te recontra juro que es un disparate que no te va a llevar a ningún lado. No nos va a llevar a ningún lado. Y en lugar de precipitarnos hacia la salida, vamos a empezar a dar vueltas y ahí sí nos quiero ver, ahí si vamos a hacer de esta novela un laberinto. Te pido por favor, y si hace falta te digo como te habla Matilde: querido lector, amable lector. Si es necesario te digo mi amoroso lector, amado lector, lo que vos prefieras, con tal de que me escuchés. Mirá lo que es la cosa, ¿no? Te prometí que lo iba a decir una única vez y no hice más que repetirlo. Qué se le va a hacer, no va a ser la primera ocasión en que me toque tragarme las palabras y tenga que dejar el orgullo de lado. Lo digo de vuelta. Y si hace falta, lo vuelvo a decir, no tengo historia. Para que salgamos de acá, vos, yo, el tololo del insulso y todos los demás, Matilde se tiene que morir. Si querés lo escribo en negrita y en mayúsculas: MATILDE DEBE MORIR. ¿Estamos? ¿Podemos saltearnos los capítulos que pretenden embaucarnos y llegar de una vez a cuando Matilde sonríe y va hacia la puerta? ¿Podrás hacernos este favor? ¿A todos? Y a mí, principalmente, que soy tu mejor amigo…

CAPÍTULO XVII

Mi nombre es Matilde Vieytes.

Soy escritora.

Eso lo sé.

Escribo esto sentada a la mesa de un típico bar de Palermo, uno de los tantos que se desparraman por la ciudad. No soy la única aquí, por supuesto: hay mucha gente entrando y saliendo, se trata de un bar.

Alguien, que no sé si ha sido usted, acaba de avanzar con la lectura de Matilde debe morir y he muerto otra vez. Y otra vez me he debido reiniciar. ¡Vaya desilusión!

Entretanto, presenciamos cómo la trama recorre el capítulo XV de Matilde debe morir. Estaré llegando al bar de Charcas y Armenia. En este momento, el encargado saldrá con unos papeles y las llaves de un auto. Al llegar a la puerta, me cederá el paso.

Si acaba de presenciar mi muerte en Matilde debe morir, entonces vuelva al Capítulo I y ayúdeme.

Si usted es mi querido lector constante, entonces avance a la siguiente página.

Yo diré “Gracias”, caminaré junto a la barra y le hablaré al mozo: “Lo de siempre, por favor”. Y me sentaré en mi silla de todas las tardes. Estamos llegando al momento crucial de la historia.

No sabe, querido lector, lo difícil que será para mí pasar junto al

encargado y desempeñar mi papel de víctima que ignora que quien le acaba de abrir la puerta es el que la va a matar. No se imagina.

Se sabe que, originalmente, los Weiler tuvieron radicación en Los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo. Es decir, parte de la antigua Germania. Por eso será que, para nuestros oídos, el vocablo Weiler tiene reminiscencias germánicas. Weiler, en alemán, significa Aldea.

Apenas me lo crucé, pensé que quizá Omar Weilerse había enterado de nuestra participación conjunta en el juego, que tal vez había previsto nuestra complicidad y había decidido modificar el argumento. Pensé en eso y también pensé que, si se me acercaba más de lo estipulado, sacaría fuerzas de donde no tengo y lo mataría con mis propias manos de escritora. Pero no hizo falta, seguimos con nuestro plan.

Ahora, ya un poco menos alterada, me he puesto a pensar. En mi muerte. Sobre todo, en mis muchas muertes pasadas y en mis infinitas muertes futuras (si no lo evitamos). Puede ser un cliché, pero hay quienes dicen que antes de morir nos sometemos a un último flashback. En una fracción de segundo, la vida pasa frente a nuestros ojos. Quienes han vuelto de la muerte, aseguran que es cierto.

A mí, en cambio, Omar Weiler no me otorgó ni siquiera ese beneficio. En ninguna de mis muertes tuve la posibilidad de ver nada de nada. Sólo un dolor punzante en alguna parte del abdomen, un choque fuerte contra el piso, la luz que se extingue, y por mucho que me esfuerzo los ojos se cierran, se apagan, adiós.

Pensaba que jamás se ha menospreciado al protagonista de una historia como en esta novela. Sé que soy la protagonista, no hay dudas de eso. ¿O sí? Da igual: si yo no fuera la protagonista, si asumiéramos que en realidad ese papel le corresponde al narrador y a mí me toca el de antagonista, sería lo mismo. Como fuera, es de no creer semejante demostración de desprecio.

No recuerdo ningún caso donde el creador no le conceda a su

antagonista un último instante de dignidad, una despedida acorde a su condición de personaje principal. Si hasta los villanos más terribles tienen la posibilidad de pronunciar sus últimas palabras. Ha de ser un tipo repugnante este Omar Weiler.

Quisiera saber qué le habré hecho yo para que se ensañe conmigo de esta forma. Qué cosa puede provocar un ataque tan tremendo, donde me quita la vida no una vez, sino infinitas veces.

Si no me equivoco, y créame que para esta altura he conseguido ser muy precisa, estamos en la página 92 de aquella novela. Ahora, el insulso le preguntará al bigotudo por qué el encargado no es uno de los sospechosos. Enseguida se sumará el mozo, empezará a tartamudear, resolverán que ha llegado el momento, el clímax de la historia: ahora, que el encargado acaba de salir. Debatirán hasta que coincidirán que la única forma de que la trama avance es respetando la premisa inicial. Que yo voy a morir, que ellos serán los sospechosos.

Sin embargo, los Weiler que emigraron a la Argentina eran polacos. Vinieron huyendo, como tantos y tantos, de la Segunda Guerra Mundial. Vinieron con la ingenua ilusión de poder escapar de su destino de muerte.

Es breve el Capítulo XV. Aprovechemos, querido lector, que una nueva hoja en blanco está al caer, un nuevo entreacto nos alcanza. En el próximo capítulo mi editora me llamará por teléfono, le diré que me pasé toda la noche escribiendo. Así comienza el Capítulo XVI. Mientras tanto, perfeccionemos nuestro plan. Terminemos, entonces, de bosquejar sobre la nada, en la fisura que existe entre un capítulo y otro, nuestra inusual contranovela.

Matilde se beneficiará otra vez de esos intersticios que sabemos existen entre un capítulo y otro, en el vacío que hay entre un punto y aparte y la morosa palabra siguiente. De modo que ultimará los detalles del plan, que para este momento no llega a ser un plan, sino un conjunto de ideas

desparramadas a las que hace falta disponer de forma tal que, conectadas, den como resultado el tan buscado plan.

Matilde hará lo que mejor sabe hacer: escribir. Escribirá preguntas que el lector de este texto —es decir, usted— podrá y deberá responder. Un diálogo formal y agradable primero.

—Querido lector —dirá Matilde—: es abrumadora esta sensación de flotar sobre la nada. Da vértigo, lo sé.

—Es raro, muy raro —dirá usted—. Su voz se oirá nítida, aunque distante, como si proviniera de una persona joven y tímida.

—Cuál es su nombre —el tono de Matilde será tan amistoso como siempre.

Usted responderá una mentira:

—Horacio —dirá—. Horacio Contempomi.

Preste atención, ocioso lector, que estoy intentando llegar al momento en que los Weiler pisaron por primera vez suelo argentino.

O tal vez:

—Laura. Laura Sinisi.

Dirá eso si es que usted no se llama precisamente Laura Sinisi. En el improbable caso de que así sea, usted dirá algo así como Beatriz Viterbo, Úrsula Iguarán, Emma Zunz, Almendra Veiga o Lily Chan. Cualquier nombre dirá, excepto el verdadero.

—Mucho gusto —dirá Matilde—. Gracias por quedarse a mi lado, sin su ayuda no habría llegado hasta aquí con la ilusión intacta.

—Es el tiempo —dirá usted, con el asunto atragantado desde el Capítulo XV—. ¡Es el tiempo!

Usted querrá ofrecer un testimonio pormenorizado, explicar exactamente lo que ha descubierto, pero pasaron ya algunas páginas y usted ha ido olvidándose. Además, es siempre tan complejo todo lo relacionado con el tiempo... y rebuscado, es verdad.

Entonces, volverá las páginas hasta ubicarse en la del Capítulo XV. No solamente para releer el modus operandi del autor, sino para ver si en este regreso habrá también (como en Matilde debe morir) alguna errata que usted no ha visto. ¿Será que esta segunda parte tiene también una palabra mal escrita nada más que para volver a molestar al lector desprevenido? ¿Será que ha puesto Welier en lugar Weiler en el capítulo XV de esta novela?

Fredryka y Bergen Weiler salieron de Polonia en 1947. Comprenderá para esta altura, que estoy hablando de mis abuelos. Los Weiler.

Sin embargo, lo importante es la información que usted tendrá para darle a Matilde. Así que mejor no demorarse. Ahora sí, usted ya tendrá la información en la cabeza. Tomará aire, mirará fijo las páginas que comienza a leer y elucidará, a su manera, cómo Omar Weiler ha conseguido y conseguirá matar a Matilde.

—Acelera el tiempo cuando quiere, pone oraciones apuradas y bloques de texto que corren ágiles sobre la hoja, como quien escribe sin respirar sacando comas que deberían ir, pero que decide no ponerlas para que el vértigo se incremente, y entonces no nos queda otra cosa que comprender que el tiempo vuela y que habrá muchas cosas que no veremos porque así de rápido hay hechos que no se perciben.

—Entiendo —dirá Matilde.

—Y después. Cuando elige contener el transcurrir del tiempo, opta por oraciones cortas. Breves. Unimembres. ¿No es así? Sí: unimembres. Y los puntos. Muchos puntos: puntos seguidos, puntos y aparte. Entonces, la acción se retrasa. El tiempo se dilata, como que se estira. Y así alcanza una velocidad de cámara lenta, igual que en el cine. O similar.

—Al parecer —reflexionará Matilde—, el tiempo lo obsesionó al punto de que consiguió manipularlo. Al menos, en esta novela, en este bar.

—Pone una escena lenta primero —agregará usted—, y después el tiempo va rápido porque se tiene que recuperar, restablecerse. Y en la escena rápida anula lo que no quiere que se vea y ya está.

—Los recursos del escritor convertidos en caprichos.

—Muy raro.

—Tenemos que evitar, entonces, que la escena en cuestión transcurra en cámara lenta. Si no vamos lento, el tiempo no tendrá por qué ajustarse.

Cinco años después, los Weiler tuvieron su primer hijo, a quien llamaron Juan Bautista. Debieron pasar otros cinco años para que le dieran a Juan Bautista un hermano. En este caso, una hermana: Margarita. Pero murió en el parto.

—Es hoy —dirá usted, y la ansiedad hará que se muerda el labio.

—Sí.

—Hoy es el día, Matilde.

Usted la habrá nombrado decenas de veces. Pero sentirá que recién ahora ese "Matilde" tiene sentido. Ahora, que la tiene enfrente.

—Qué nervios.

—Después de hablar con el insulso —agregará usted—, sigue la escena en cámara lenta.

Esto será lo último que digan. Enseguida, el teléfono de Matilde comenzará a sonar en el Capítulo XVI.

Cuando al parecer comenzaban a superar la muerte de Margarita, nació Benjamín Salvador Weiler: quien 25 años después sería mi padre.

Mi padre moriría por un pico de presión 11 años después de que yo naciera. La trágica noche en que también murió su padre: mi abuelo.

SILENCIO PRELIMINAR

Creía en infinitas series de tiempos, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que secularmente se ignoran, abarca todas las posibilidades.

"El jardín de senderos que se bifurcan"

Jorge Luis Borges

CAPÍTULO XVIII

Antes de seguir, escuchame, una última vez escuchame y no te molesto más, y me callo yo también. Entiendo en tu mirada de tedio, que ya no querés saber más de esta historia. Imagino que no es por mí, sino porque a esta altura estás tan podrido como yo de todo esto. ¿Viste que te dije? No me hiciste caso. Pero no importa, eso ya pasó. Te percibo harto ya, así que mejor te dejo avanzar con la lectura, que si estoy acá no es para otra cosa que para ayudarte a llegar al final; me callo, te juro; vos jurame que vas a seguir leyendo sin desviarte y sin ninguna maniobra rara. Ahora viene una lectura, el insulso se acerca a Matilde, conversan, ella sale, muerte, prisión, desasosiego... y ya está. Se acabó.

No digo nada más, confío en vos, qué otra cosa puedo hacer. Aunque no miento si te digo que, después del punto final, espero nunca más volver a verte.

CAPÍTULO XIX

Lentamente, pertinazmente, todo sigue repitiéndose, puedo sentirlo en mis cimientos, en esa guitarra que resuena y se propaga desde el teléfono de Matilde, en su mano acercándose al teléfono y en su voz —la voz de Matilde es siempre un paréntesis, una pausa—, su voz que ahora, con el teléfono a centímetros de la boca, dice "Hola, Lu". Siempre dice "Hola, Lu".

Inmediatamente después, aunque en la novela debamos esperar a la página 115, Matilde habla con el insulso de la mesa 4, ella sale, los otros atrás, la matan. El encargado la mata.

Por eso, la voz de Matilde es siempre un alivio para mí. Ahora, sin embargo, mis paredes me permiten transitar la escena con cierta... ¿Satisfacción? No soy capaz de definir este hormigueo, que se eleva por las columnas y que se instala en la parte trasera del techo y ahí se queda, como un estremecimiento, como... sólo me viene la palabra "satisfacción".

Así que digamos que eso es lo que siento, que por algún motivo, Matilde ahora habla por teléfono y que su voz —su inédita voz de ahora— me satisface de alguna forma. Como si fuera que mi estructura es capaz de percibir que esta vez sí: que hoy, ahora mismo, Matilde ha descubierto finalmente la forma de huir, que hoy sucederá algo diferente.

Hola, Lu. Sí, todo bien. En el bar, escribiendo un poco. Sí, estoy emocionadísima.

Siempre Matilde dice estar "emocionadísima". Sin embargo, tal vez por todo aquello que se dijo en el capítulo XIII acerca de las diferentes formas de leer un mismo texto, percibo ese "emocionadísima" como nunca antes lo he percibido, como si ahora, en la llamada que transcurre mientras pronuncio esto mismo, Matilde estuviera

emocionadísima porque encontró la forma de escapar de esta novela-cárcel.

Matilde sigue hablando y empiezo a creer, cada vez con más fuerza, que es a mí a quien le habla. No a esa Lu, que siempre la llama por teléfono a la misma hora, el mismo día, cada vez el mismo diálogo. Sino a mí.

Qué haría yo sin vos.

Me permito creer que es a mí a quien va dirigida esa frase. No es que me entregue a un juego caprichoso y demencial. No: Matilde habla diferente esta vez.

Te mando un beso. Cuidate. Besos.

Definitivamente es de mí de quien se despide, este último beso no tiene otro destinatario más que yo mismo, su amigo de años de encarcelamiento, sus rumorosas paredes, su techo: refugio y confidente leal, su cómplice en cuya ventana de la calle Charcas ella se sienta todas las tardes a escribir, a esperar su hasta hoy inevitable muerte.

Anhelo que vuelen las últimas páginas de la novela para constatar que es cierto. Anhelo ver la cara de Omar Weiler, ver los ridículos ojos aumentados del encargado que me mira como pidiéndome explicaciones, como responsabilizándome —culpándome— de lo que acaba de suceder. Anhelo ese momento casi tanto como anhelo la libertad de Matilde. Pero para presenciar lo segundo debemos esperar a que suceda lo primero. Lo hecho, hecho está. Es momento de observar. En silencio.

Que el exceso de palabras, la superabundancia de voces, no sacrifique la eficacia de la historia. Que el lector me imagine, si así lo desea,

como ya he dicho. Omnipresente, silencioso: anhelante.

CAPÍTULO XX

Allá vamos, querido lector. El silencio es tanto ahora que podría tocarlo. Entreguémonos a nuestros roles. Usted, lea sin permitir que Omar Weiler lo arrastre según su antojo. El tiempo está en sus manos, amable lector.

Yo, por mi parte, prometo hacer todo lo posible por no someterme a los caprichos del autor. Prometo no precipitarme.

Ha sido un placer recorrer esta historia a su lado. Si no volvemos a vernos —a leernos—, déjeme agradecerle. Por su tiempo. Pero sobre todo, por su paciencia.

Ahora sí, querido lector. Es inminente la página 115. Faltan 3 o 4 páginas. Su lectura y mi vida, mi supervivencia, serán una misma cosa. Ahora más que nunca. Aguardo aquí, donde siempre: en el bar de la calle Charcas y Armenia.

CAPÍTULO XXI

Valentín, usted y el bigotudo se mirarán. Página 111.

Usted juntará las hojas sueltas y caminará hasta la mesa de Matilde. Se parará frente a ella y esperará a que levante la vista. Cuando ella lo haga, usted sonreirá de la forma más estúpida posible.

—Perdón que la moleste, veo que ya se va.

—Sí. Ya me iba.

Usted estirará las hojas del cuento y esperará a que ella las reconozca y las agarre. Pero ella no reaccionará como usted lo esperaba: parpadeará, mirará cómo las hojas temblequean, lo mirará a usted, volverá a mirar las hojas, elevará una ceja y dirá:

—¿Para mí?

—Son suyas. Se las olvidó ayer.

Ella por fin las agarrará, abrirá grandes los ojos y echará un suspiro.

—Está muy bien, me emocionó—. Página 112.

Y ya nos vamos acercando, perezoso lector, a la historia que tal vez usted ya intuye.

11 años tenía yo cuando un destino de novela policial, de thriller experimental, comenzaba, inevitablemente, a escribirse.

Se referirán al borrador de un cuento. Aquel que Matilde escribió y que olvidó sobre la mesa. El último escrito de Matilde, una excusa para componer experiencias de una infancia inventada. Una anécdota

proveniente de la imaginación de una escritora eficiente. Si acaso alguno de los relatos de Matilde —tanto de Matilde debe morir como los de Matilde decide vivir— merece ser leído, es este cuento, el que leerá a continuación. El último cuento de esta novela-cárcel, el más próximo a la tan esperada página 115.

IV escrito de Matilde

Mirá, Alemana, sé que para esta altura ya no te quedará carne con qué alimentar a los gusanos, ya no conservarás rastros de esos ojos azules que tanto me atormentaron de chica.

*Y sé que vos y yo nunca hablamos. Con vos no se podía. Si lo único que hacías era correrno*s, *insultarnos en tu lengua y espiarnos por la ventana. A mí, a Mariana, a Gabi, a Laura. A todas.*

Porque eras jodida, Alemana. Muy jodida. Te escribo ahora porque sé que estás bien muerta, y porque de alguna forma necesito largarlo. ¿Sabés cuántas veces se me ocurrió tocarte timbre y decírtelo en la cara? Eso me pasa a veces. Será que una se pone vieja y sensiblera. Y cuando advertís que todo es silencio, la cabeza te trabaja el doble y el corazón la mitad; y la espalda no resiste, y una tiene que sacarse pesos de encima. Te escribo ahora porque sé que nadie recoge tu correspondencia, porque ya no te queda nadie. Y te escribo igual, porque así es mejor, más fácil: ya no vigilás celosamente tu vereda con esos ojos azules, que siempre creí asesinos.

Alemana, bajo el calor del verano eras peor: todo el día empuñando la tijera de podar, cortando el pastito de la vereda y combatiendo y torturando hormigas y chicharras; escupiendo no sé qué palabrotas en ese idioma tan agresivo.

Las chicharras aturdían, me acuerdo, y te trepabas muy despacio al níspero y desparramabas veneno por toda la copa. Impregnabas con ese tufo ácido la vereda, la cuadra, la calle, el barrio entero.

Nosotras salíamos a jugar después de la siesta. Tardes de escondidas, de pelopincho, de rayuela, de princesas. Tardes de putearte también. De

putearte con alma y vida.

A las cinco y media, después de la merienda, no faltaba ninguna, vos lo sabés.

Al rato, desobedecíamos sin querer tus disposiciones (algún grito o alguna que pisaba tu puto pasto), y arrancaba la guerra.

Primero ladrabas desde la reja, siempre con tu pollera de lona —los tobillos blancos al aire— y tu camisa celeste y el cordón que usabas a modo de cinturón apretujándote la cadera. Cómo te calculábamos los tiempos, Alemana. Te obligábamos a que abrieras la puerta. Y ahí sí: salíamos rajando.

Nunca supimos si realmente venías de Alemania. ¿Qué eras? ¿Austríaca? ¿Polaca? No nos importaba. Habías decidido convertirte en nuestra enemiga, y no te la dejábamos pasar así nomás: nos alineábamos en la esquina, firmes como mástiles. Y, ni bien te dabas vuelta, levantábamos el brazo derecho a la altura de la cabeza y… Y con sólo recordarlo se me eriza la piel. No sabíamos qué significaba ese saludo. Alguien, algún vecino —acaso otro enemigo tuyo—, nos habrá sugerido que te lo refregáramos por la cara.

Así recuerdo nuestras tardes. Éramos muy varoneras, lo sabíamos. Y eso nos divertía. Como también nos divertía jugar a la guerra. Y contra vos, nada menos.

Pasábamos a cualquier hora sabiendo que nos vigilabas a sol y sombra. Y debíamos esquivar tu vereda, sin importarnos que en la calle el sol nos derritiera la cabeza.

Pero, me acuerdo, que una vez quise dármelas de valiente, demostrar que las chicas éramos tanto o más corajudas que los chicos de la esquina, incluso que el propio Sergio. Y no bajé a la calle. ¡No bajé! Seguí heroicamente por tus baldosas grises, que tanto lustrabas. Y, ya llegando al final, oí el crujido de las hojas y una garra me estrujó el hombro. Vos, Alemana, me tironeaste cobardemente desde la pared de ligustros, y si Laurita no llegaba a tiempo, me metías para adentro con alambre y todo. Lo peor fueron esos gritos que escupías en tu lengua y que se me pegaron para siempre al oído.

Y nos tocó vengarnos, alemanita: llenamos una decena de bombitas con

pintura, y sin aflojarle a los pedales te bombardeamos las columnas blancas y la reja verde de tu búnker. Después nos internamos en la plaza y escondimos las bicicletas detrás de la calesita. Nos quedamos bien lejos, por si venías. Ninguna decía nada, pero el terror se traslucía en cada mueca, en cada respiración. La cara de Laurita daba risa: los cachetes colorados por el calor y por el susto, y las sienes empapadas. Gabi parecía un cadáver que no paraba de reírse. En cuanto a mí, debía estar peor que nadie; me acuerdo de que, a pesar de nadar en transpiración, un frío seco me recorría la espalda y me congelaba la nuca. Se me ocurrió que al otro día le contaríamos nuestra hazaña a Mariana, y ella putearía por no haber venido con nosotras. Pero, claro: ella vivía enfrente tuyo, Alemana, y de esa tuvo que pasar. ¿Te imaginás lo que hubiera sido de tus dos columnitas si venía Mariana también?

Esperamos en la plaza un largo rato. Y no viniste. Eras muy cobarde, Alemana: siempre acuartelada, siempre espiando, siempre de local.

A la tarde, después de la hora del almuerzo y de la aburrida siesta, nos fuimos todas a la casa de Gabi. Limpiamos así nomás su pileta y nos empantanamos bajo las profundas trincheras de lona azul. Y antes de que oscureciera, la acompañamos a Mariana hasta su casa, que quedaba justo frente a la tuya, y ya no había ni rastros de nuestra venganza: el frente —tu frente— esplendía en un blanco radiante, y toda la cuadra apestaba a pintura fresca. ¡Mirá si te sobraba tiempo!

La acompañamos hasta la esquina nomás, y Mariana se metió corriendo por el pasillo. Ni bien entró, nos fuimos cada una para su casa.

Una semana después volvimos a acercarnos, y para el domingo ya nos olvidamos del asunto. Las tardes se sucedieron de la misma forma: carcajadas, escondidas, rayuela, pelopincho.

Después llegó la época de las lluvias, la pileta sucia, la calle embarrada, las paperas de Gabi, las vacaciones de Laurita. El calor no aflojaba. Nos refugiábamos de los mosquitos en el comedor de Mariana, jugando a las princesas o al estanciero. Y te vigilábamos. Te vigilábamos siempre.

Una de esas tardes, espiando desde las rendijas de la persiana, me crucé con esos ojos azules, que me estudiaban desde el otro lado de la calle. Descubrimos que la lluvia te mantenía encerrada a vos también. Y también descubrimos que la vigilancia era mutua.

Cuando recrudeció el calor y Gabi ya se había recuperado, habías extendido tus dominios. Apenas si nos permitías caminar por la vereda de enfrente. Y, si saltábamos la zanja, abrías la puerta de sopetón y salías a los gritos, armada con la escoba o la tijera. Y nosotras corríamos. Y desde la esquina, otra vez a levantar el brazo y lanzar el injurioso Heil Hitler!, del que tanto me arrepiento.

Porque decíamos ¡Jay Hitler!, pero claro que lo entendías, y se te incendiaban los ojos y nos corrías unos pasos (nunca más de dos o tres). Y, así y todo, jamás te reconciliaste con nosotras, jamás aflojaste.

¿Te costaba tanto ser más astuta, más viva? Acordate, si no, de doña Nelly, la del quiosco de la esquina, que nos fiaba las figuritas de Barbie. O de Mecha, que nos convidaba jugo y no se quejaba cuando nos escondíamos detrás de su tapial o en la copa de su ciruelo. A ellas sí las respetábamos. Si hasta se habían sumado a nuestras filas: se reían al verte correr, y nosotras alzando el brazo triunfalmente; coreando como sirenas el saludo nazi que, al recordarlo, se me vuelve a helar la espalda, como cada vez que abrías la reja.

Y nunca supe qué creías, Alemana. ¿Creías que con un par de gritos nos íbamos a calmar? ¿Pretendías prohibirnos justo lo que más nos gustaba? A veces pienso que ni te importábamos. Como fuese, no aflojabas nunca.

Será porque yo ahora estoy vieja y quejosa, que te escribo. Y, si lo largo después de tantos años, es más que nada por mí… y un poco por vos.

Pero, sobre todo, por el alemán.

Porque no supimos de él, sino hasta la tarde del veinticuatro —y mirá que rumores hubo siempre; aunque, la verdad, te creíamos igual de loca que de solitaria—. Si no, tu fortaleza hubiera sido "lo de los alemanes", y no "lo de la alemana".

El asunto era con vos.

Y con nadie más.

Por eso con Laura se nos ocurrió hacer una vaquita. Por eso les pedimos a los chicos de la esquina que nos compraran las bengalas, por eso la idea de bombardearte el fuerte, de anticiparte la Navidad.

Y nos enteramos del alemán de la peor forma, en la peor de las tardes: la tarde del incendio. La del chiflido y el resplandor amarillo, seguido del humo negro, que se extendió desde el techo hasta los nísperos y tu ligustro, y todo yéndose a la mierda tan rápido.

La tarde en que los bomberos sacaron el cuerpo humeante del alemán. La tarde que se hizo noche en un chispazo. La tarde en que nosotras lloramos en silencio, cada una en su casa, sofocadas de terror, de brindis apagados y de culpa.

Será porque esa vez, a los once años, descubrí que en alemán se llora igual.

Por eso siempre quise pedirte perdón, por mí y por las demás, y nunca me animé. La verdad… ¿Querés que te diga la verdad? No sé por qué te escribo.

Tal vez porque me muerdo los codos por rajar a los pibes que patean y gritan, por sacar carpiendo a las pibas que saltan el elástico a la hora de la siesta. O porque me sobresalto en mi silla toda vez que oigo remontar una cañita voladora.

¿Es culpa? No, no soy tan buena. Es más miedo que otra cosa.

Será por eso que me encierro a escribirte, alemana: porque tengo la ingenua esperanza de que no haya ya viejas como vos. Porque no quiero salir a la vereda y darme cuenta de que todavía quedan pibas como nosotras.

Matilde mirará hacia la barra. Usted, de reojo, verá que el bigotudo se acomoda en la silla, que finge no interesarse por lo que ocurre entre usted y Matilde.

—Bueno… —dirá usted.

—¿Puedo hacerle una pregunta?—. Matilde ordenará las hojas y las dejará en la mesa—. ¿Qué fue lo que le emocionó del cuento?

—… Me sorprendió —usted procurará inútilmente manejar los tiempos de la conversación—. Me sorprendió porque parecía que iba

para un lado, y terminó yendo para otro. El cuento, digo… Lo de la alemana y eso.

Matilde dirá lo que dice siempre, algo acerca de lo que le provocó escribir el cuento. Usted la escuchará. Pero estará pensando cómo hacer para que el tiempo no se retrase, para que Omar Weiler no comience con sus juegos del tiempo y la literatura.

—Pienso que el cuento —seguirá diciendo Matilde en la página 113— funciona porque en él está lo inevitable: el paso del tiempo. Pero, además, es circular. Cíclico.

—La circularidad también es inevitable —dirá usted, sin saber muy bien qué carajo ha querido decir.

Matilde murmurará:

—El paso del tiempo es inevitable. Los ciclos son inevitables. La muerte es inevitable.

En este punto, usted siempre prefiere guardar silencio. Convenir que es así: que incluso la muerte de la página 115 es inevitable, que es inevitable que usted se despida y ella se muera. Pero hoy, en esta segunda novela, en esta página que tal vez se escribe a medida que usted la lee, en este para nada típico bar de Palermo, las cosas no serán como siempre han sido.

Usted dirá:

—Nnnn-nnno-nn —serán sus primeras palabras, querido lector, las primeras pronunciadas con su verdadera voz.

—Nnnnnooo, Mat-tt-tildee —las palabras tropezarán al principio y tras unos segundos, logrará hablar—. No, Matilde: naa-da es inevita-t-ta-ble.

Bendita sea la Psicología, querido lector, que no sólo ha detectado el surgimiento de un desorden mental nuevo, sino que también le ha dado entidad, un nombre. ¡El Mal de Valentín! Que sin dudas existe y nos permite usar nuestra voz por primera vez, decir lo que nunca

hemos podido decir, tal vez salvar la vida de un personaje, de una persona.

CAPÍTULO XXII

Sin embargo, no.

Siglos y siglos de Literatura y jamás la palabra del lector ha conseguido modificar el destino de una historia. ¿Cuántas veces, como lectores, le hemos gritado a un personaje que no abriera una puerta, que se alejara del peligro? Muchas, ¿verdad? Y jamás hemos conseguido hacer valer nuestra voz. Ahí lo tenemos a Bastián, de La historia interminable, que se aflige y se enfurece por hacer que en Fantasía lo oigan, y no consigue más que soltar saliva contra las páginas del libro que lee, que curiosamente es también La historia interminable; así de enmarañada es la novela, al igual que esta misma historia, sólo que un poco distinta.

Mi padre, Benjamín Salvador Weiler, murió un verano, al no poder sobrellevar la muerte de su padre. Aquella tarde, mi abuela Fredryka, la misma que había escapado de su patria huyendo del horror, debió presenciar la muerte de su esposo y de su hijo. Desde entonces, mi abuela y yo fuimos más unidos que nunca.

Infinitas veces hemos bramado y chillado frente a alguna mala decisión de nuestro protagonista y nunca hemos obtenido respuesta. Las novelas transcurren siempre como ellas quieren, no oyen jamás nuestras sugerencias, nuestra opinión, nuestras decisiones siempre más convenientes, más apropiadas. No importa que gritemos, que escupamos nuestra rabia contra la página en cuestión, que cerremos el libro como dando un portazo, que lo tiremos al piso y despertemos al gato. No importa: volvemos a abrir esa página suspendida y el personaje opta una y otra vez por el sendero que sabemos lo llevará al peor destino posible.

Esta no será la excepción.

Que el insulso de la mesa 4 consiga alterar el destino de muerte de Matilde por el sólo hecho de padecer él también el Mal de Valentín, sería ridículo. Además de ser una resolución tramposa, cómoda. Y ya hemos dicho que esta novela no pretende ser cómoda, sino todo lo contrario.

Tanto esta novela como la primera participan del género policial y de la experimentación lúdica, de modo que sería un despropósito, a esta altura, apelar a recursos propios de los libros de Autoayuda, sería un desastre recurrir al "poder de la palabra". Así que el lector intentará hacerse oír, se esforzará para que Matilde lo obedezca a él y no al autor. Pero su voz, como ha ocurrido desde que el mundo es mundo, desde que la ficción es ficción, su voz no será advertida. O peor: será advertida e ignorada.

Proveniente de Polonia, mi abuela Fredryka (la abu Fryka) no era de darse mucho con sus vecinos. Tal vez por eso no era la más célebre de la calle. Tal vez por eso le inventaban historias. Hasta le decían Nazi.

No habrá aquí ayuda posible. Así es que sucederá lo siguiente:

Matilde ya habrá cerrado su cartera y se habrá puesto de pie. Y a usted le parecerá que todo transcurre pausado, lento, con ridícula serenidad.

—Mmattilde —dirá usted, procurando que la escena en cámara lenta no se produzca.

Matilde se cargará la cartera lentamente al hombro, se estirará lentamente la blusa, caminará lentamente, primero un paso, luego otro y otro más lento y más corto, hacia la puerta del bar.

—El tiemmp-ppp-po —dirá usted, y así intentará recordarle a Matilde que no debe dejar que el autor maneje el tiempo a su antojo—. El ti emp-pp-p-po, Matil-dde.

Pero sus palabras no producirán ningún tipo de alteración en la trama. Entonces usted saldrá de este bar con el diálogo atragantado, el bigotudo de la mesa 2 saldrá después. Matilde también va a salir, como lo ha hecho siempre:

Y cuando ella salga, el tiempo querrá recobrar estos segundos perdidos.

Y así será que ella estará enseguida en la vereda, y al instante siguiente de su blusa brotará un hilo de sangre, que salpicará los zapatos de Valentín y también los del bigotudo, y ella gritará, un grito ahogado, y usted la verá caer sobre sus pies, y sus manos también quedarán manchadas con la sangre de Matilde, que por última vez abrirá los ojos enormes, y el tiempo, ya recuperado de aquel desfase, volverá a la normalidad, y Matilde dejará de moverse y la sangre tibia mermará, pero seguirá manchando los baldosones grises, y el tiempo volverá a ser como fue siempre: tenaz, indómito, preciso.

---

24 de diciembre. Fecha en que murieron mi papá y mi abuelo. Mi abuelo, porque unas nenas malcriadas decidieron que era divertido tirar fuegos artificiales hacia el techo de su casa. Mi papá, por un ataque al corazón al ver el cuerpo humeante de su padre.

Y Matilde estará muerta.

Usted sentirá que también deberá recuperarse: se apurará en volver al bar. Ocupará otra vez su silla, la del insulso de la mesa 4.

Usted se quedará mudo. Ahora, por partida doble, enmudecerán tanto su voz de lector como la insulsa voz de su personaje. Se pondrá de pie y se quedará así: parado, sin pestañear. Sin siquiera echar una mirada hacia los otros dos: hacia el bigotudo y el mozo. Tampoco mirará en dirección a la puerta. Fijará la vista en una pequeña mancha en la ventana, una mancha diminuta y grisácea sobre el cristal, una apenas perceptible mancha de té, de café quizás. Una mancha que usted no habrá visto antes, a pesar de haberse pasado toda la trama mirando en dirección hacia esa pared, hacia la ventana de la Calle Charcas.

Bergen Weiler y Benjamín Salvador Weiler. Abuelo muerto, padre muerto. Las razones por las que he erigido esta historia. He construido esta trama como un desagravio minúsculo pero necesario. No debe interpretarse este bar infinito más que como un acto de justicia.

Entonces, así como esa mancha aparentemente nueva acaba de presentarse ante sus ojos, la solución del enigma se revelará en su cabeza de manera tan rápida y abrupta que usted conocerá la respuesta sin todavía comprenderla. Y sonreirá o resoplará —tal vez las dos cosas— al comprender que la respuesta estuvo siempre al alcance de la mano. Desde los primeros capítulos. Que la propia Matilde nos aventuró la solución sin siquiera conocerla. Cabos sueltos dijo Matilde en el Capítulo IV.

Aquellas preguntas que quedaron sin responder, tal vez sean la solución del enigma: cabos sueltos, querido lector, cabos sueltos que hará falta atar.

Usted resolverá el enigma de esta segunda novela a la vez que resuelve uno de la primera, enigma cuya solución no fue la más satisfactoria. El tatuaje, desde luego.

¡El dichoso tatuaje que aparece y desaparece!

¿Lo recuerda?

¡Por supuesto!

Primero un tatuaje que enmascara una cicatriz, luego nada, más tarde una poco grata conclusión al respecto. Un cabo suelto. Usted no empezará a lamentarse por la imposibilidad de que su voz sea percibida, que ya estará cayendo en la cuenta de que la solución es otra, incomprensible al principio, inapelable luego.

De manera que usted comprenderá que sí, que Matilde debe morir. Pero que también es posible esta segunda novela, donde Matilde decide vivir, que ambas posibilidades no se cancelan, que una no niega a la otra, sino la completa. Que existe una primera historia, a la que podríamos llamar "A", con sucesos más o menos interesantes; que luego hay una segunda, la novela "B", que es esta misma novela que usted está leyendo; que hay una historia "A&B", que es la conjunción de las dos primeras. No la suma, no la concentración de "A" y "B", sino la facultad de experimentar una y otra según cuál esté leyendo, según cuál quiera leer o releer infinitamente.

Sí, ocioso lector: así ha ocurrido. Nadie más que Matilde es la responsable de esas muertes. La muerte de mi abuelo, primero. La muerte de mi padre, después.

Porque nunca se trató de un tatuaje que primero existía y luego dejó de existir. Se trata de otra cosa, algo que usted, todavía parado en el medio de este para nada típico bar de Palermo, ya empezará a juzgar evidente, indiscutible. Así como hay una novela donde el insulso acata las órdenes de Omar Weiler, hay una donde el insulso es capaz de pronunciar palabras propias, como lo ha hecho usted en el capítulo anterior y en este.

Por esa misma razón, es que ha habido un tatuaje y luego no. Porque existen al menos dos Matilde: una Matilde que tiene un tatuaje en el brazo, que aparentemente pretende ocultar una cicatriz; una Matilde que no tiene tatuajes ni nunca los ha tenido.

Dos Matilde:

Una que usted verá morir.

Una que usted verá no morir.

De manera que usted ahora lo comprende: así como el gato en la caja, Matilde está a la vez viva y muerta. Matilde ha salido del bar, y el encargado —el autor— la ha matado; Matilde ha salido del bar y aún vive.

Descubrirá que no es posible evitar que Matilde muera, pero que a la vez es una opción liberar a Matilde de esta novela-cárcel. Entonces, resoplará o sonreirá —tal vez las dos cosas, tal vez ninguna— y caminará hacia la puerta y no caminará hacia la puerta.

Al no hacerlo, Matilde debe morir.

Al hacerlo, el siguiente capítulo de Matilde decide vivir.

Habrá quienes postulen que se trata de una travesura que se salió de las manos, como si me refiriera a una pared pintada o unos vidrios rotos. Pero el cinismo es todavía mayor cuando el victimario se regodea en el dolor y pretende convertirlo en literatura.

CAPÍTULO XXIII

Usted se quedará aquí y aguardará a que la trama avance, y esa historia ya sabemos cómo sigue, cómo concluye.

Pero usted también abrirá la puerta del bar de la calle Charcas y Armenia y volverá a salir.

Antes de poner un pie afuera de este bar, un destello lo encandilará, de modo que fruncirá los ojos y se cubrirá con una mano procurando evitar que ese resplandor lacerante lo enceguezca.

Descubrirá, al cabo de unos parpadeos, que se trata de un coche que venía por Armenia con las luces altas y que ha seguido su camino. Descubrirá, en un cielo rayado de nubes púrpuras, que ya casi ha anochecido por completo. Descubrirá que sus ojos ya pueden volver a ver casi con normalidad. Descubrirá —comprenderá— que quizás nunca lo ha hecho.

Eso mismo hará Matilde: regodearse en el dolor ajeno. Primero, escribiendo la historia de su hermanito muerto. Segundo, deleitándose con el dolor de mi abuela, que en paz descanse. Mi abuela, a quien la infame se refiere diciéndole la Alemana.

Y enseguida lo perturbará un nuevo destello. Un fenómeno que sólo usted podrá percibir porque únicamente a usted estará dirigido. Un resplandor que se producirá cuando usted mire en dirección a Matilde. Ella habrá sonreído precisamente ahora y usted la concebirá como una sonrisa perfecta. Una sonrisa de la que jamás se han dado detalles, así como jamás se ha detallado a la propia Matilde —apenas unos mínimos datos accesorios— y sin embargo usted la ha sabido

representar desde el comienzo y de forma totalmente natural, de forma inequívoca, exacta. Como ahora, que ella sonríe como usted la ve sonreír. Exactamente así.

Matilde Vieytes, la mujer que todas las tardes lee y escribe junto a la ventana de la calle Charcas. Matilde, el personaje de una novela incómoda y para nada inadvertida. Matilde, la escritora que hoy ha sonreído, que todavía no ha dejado de hacerlo, sonríe y lo mira, sonríe y resplandece.

—Se acabó —dirá ella, mientras usted se acercará, dubitativo.

Un tumulto de gente comenzará a agruparse en torno a ella.

—¿Se acabó? —dirá usted, y comprenderá la razón por la que tantas personas se amontonan alrededor de Matilde.

Advertirá que derramado en la vereda, entre los pies de unos cuantos curiosos y a unos escasos metros de los pies de Matilde, un cuerpo yace pálido y sin moverse, sin respirar al parecer.

Matilde Vieytes. La desvergonzada, la insolente, la cínica. Matilde Vieytes, la asesina. La razón por la que he pergeñado esta novela. El motivo por el cual, una y mil veces, Matilde debe morir.

Podría quedarse aquí, esperar a que sea Matilde la que se acerque. Pero ya se ha establecido que usted va de párrafo en párrafo impulsado por la curiosidad, de modo que es usted quien camina hacia ese cuerpo esparcido absurdamente en la vereda.

Son apenas unos pasos, que transcurren lentos también, porque toda revelación se manifiesta de esta forma: perezosa, gradual; y tras ubicarse frente a Matilde, descubrirá que los separa el cuerpo de un muerto, un cadáver. Y que ese cadáver, de quien emana apenas un hilo de sangre, no es otro que el del encargado. Los culos de botella aún puestos —una de las lentes astilladas— no dejarán lugar a la

duda: el encargado ha muerto, Omar Weiler ha muerto.

—Gracias —dirá Matilde. Rodeará el cuerpo del encargado y se detendrá, ahora sí, frente a usted—. Gracias, querido lector. Si no fuera por usted, hoy habría vuelto a morir.

Usted querrá responder, pero esta es la primera vez que habla con Matilde más allá de los entreactos. Hasta este momento no ha podido entablar una conversación fuera de las hendiduras de la novela. Así que las palabras no le van a salir, apenas un carraspeo. Y será lo mejor: hay mucho por asumir, demasiada información y demasiadas voces a las que prestar atención.

Matilde dirá:

—Gracias a usted, amable lector, hoy no voy a morir. Y será gracias a usted también que podré salir de este infierno, de esta novela-cárcel, de este laberinto.

Ahora la gente empezará a empujarlo, a empujarlos: a usted y a Matilde. La historia terminará aquí, con una muerte inédita y tal vez merecida, la del autor. Las últimas páginas caerán evitando una muerte también, la de Matilde, que tal vez, sólo tal vez, tampoco merecía.

Debía saberlo, ocioso lector. Se lo he confesado porque, con su ingenua actitud de lector despreocupado, propiciará la fuga de una psicópata.

Es tiempo de desprenderse de esta historia, de esta segunda novela. Es hora de abandonarla, de hacer lo imposible por olvidarla para siempre. Conocemos el juego, sabemos las reglas: sólo dando vuelta la página podremos liberar a Matilde. Y eso es lo que queremos, ¿no es así?

Al igual que siempre, salimos de la historia con la certeza de que el futuro está en nuestras manos, conservamos la falsa ilusión de que

tenemos opciones. Como ahora, que debemos escoger entre el texto principal y la nota, entre la versión de Omar Weiler y la de Matilde. Como si pudiéramos elegir entre una cosa y otra. Como si fuera posible no dar vuelta la página.

El gato en la caja. Y frente a él, dos versiones de un mismo lector. Ambas versiones creen elegir.

Una versión permanecerá aquí. Cerrará este libro confinando otra vez a Matilde a esta novela-cárcel. ¿Existirá esa versión?

La otra versión, probablemente usted, volteará la página hacia el último capítulo. Y sin dudarlo, y a pesar de las incesantes notas del autor, usted matará al gato.

La curiosidad. Siempre.

¿Usted quién será?

¿Seguirá creyendo ser quien decide y no el otro?

No voltee la página. Si lo hace, además de la libertad de Matilde, quién sabe qué otra cosa sucederá. ¡No lo haga, ocioso lector! Esto no es un juego: hablamos de la vida de una persona.

CAPÍTULO XXIV

Mi nombre es Omar Weiler.

Soy escritor.

Eso lo sé.

Escribo esto sentado a la mesa de un típico bar de Palermo, uno de los tantos que se desparraman por la ciudad. No soy el único aquí, por supuesto: hay mucha gente entrando y saliendo, se trata de un bar.

Frente a mi mesa, la ventana de la calle Charcas. Más allá, el bullicio típico de una esquina demasiado transitada.

Mi nombre es Matilde Vieytes, amable lector.

Soy escritora.

Sé eso y muchas otras cosas ahora.

Escribo esto y no importa desde dónde. Le doy las gracias. Este es nuestro tiempo ahora. Tantas cosas podremos hacer ahora.

Escribamos. Vivamos.

EPÍLOGO

Con cada metro cuadrado de mi estructura, con cada zócalo y cada azulejo, con la grifería ordinaria de los baños y con el aplomo de las mesas dispuestas en el salón, con cada ventana, principalmente la que da a la calle Charcas, con todos y cada uno de mis ladrillos viejos, he anhelado que Matilde pudiera escapar, salir de aquí. Y usted ha permitido que lo hiciera. Ahora, Matilde es libre. Ahora, Omar Weiler deambula como un fantasma que no se reconoce como tal.

Usted, mientras tanto, ha comenzado a sentir algo parecido a la culpa. Es una reacción común entre ustedes: sentirse culpables les hace creer que no son unos cretinos, les sirve para sospecharse mejores personas. Pero esta sensación no durará mucho. Enseguida, hallará a quién endosarle todas las responsabilidades del caso, lo sé.

Sé también que encontrará la manera de señalarme a mí como el responsable del colapso, recaerán sobre mí los agravios a los que he ido acostumbrándome. Volverán a señalarme como purgatorio, como limbo, como infierno. Dirán que soy un laberinto, una espiral hacia la locura, un recipiente de todos los vicios del hombre, la caja que contiene y encierra infinitos gatos, la pieza de un rompecabezas atroz.

Todo eso dirán, lo sé, y puede que sea cierto. Al fin y al cabo, que usted diera vuelta la página hacia el último capítulo era inevitable, ¿no es así? Como inevitable era para usted que Matilde muriera en la primera novela. ¿Qué otra cosa podía hacer, verdad? Cuántas cosas resultan convenientemente inevitables.

Sepa que lo desprecio.

Sepa que, al menos, me llevo conmigo una mínima venganza: usted cerrará este libro, y el recuerdo de su estúpida cara se perpetuará en mis cimientos. Llevaré conmigo su sonrisa imbécil y sus gestos de asombro por toda la eternidad.

Sepa que, así como usted cargará con el recuerdo de este típico bar de Palermo, yo conservaré para siempre su última mueca de ahora. El gesto de quien lee estas últimas palabras con la certidumbre de que

deberá pasar mucho tiempo, demasiado tiempo, para empezar a olvidarse de mí.